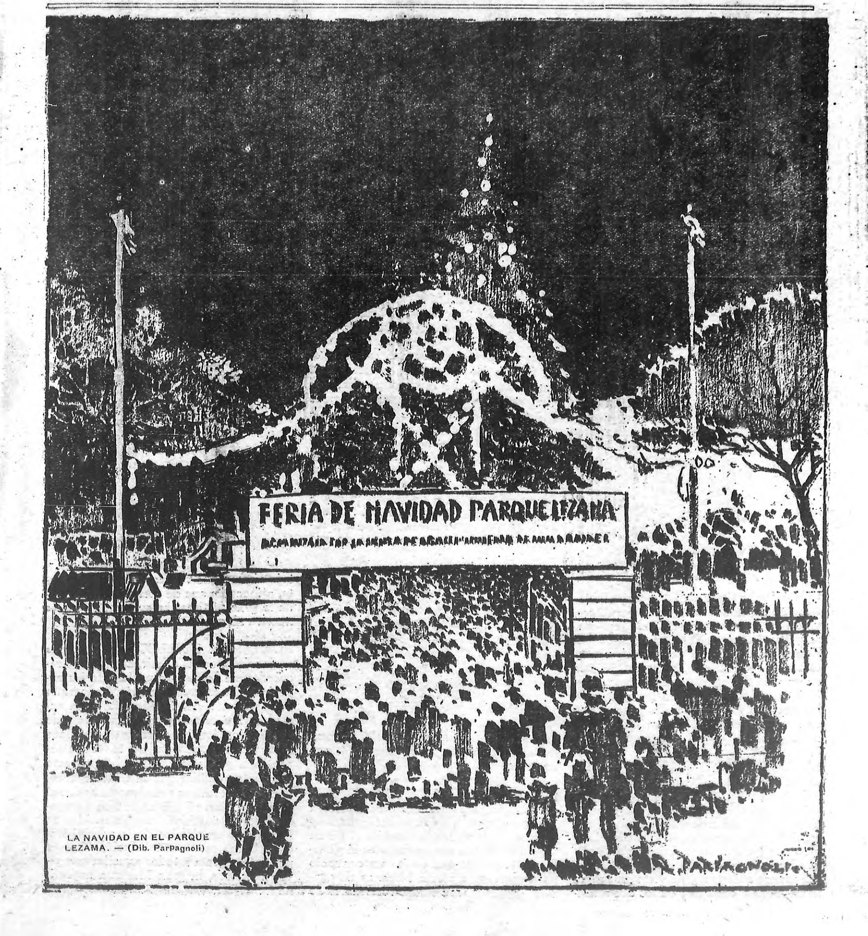
Crítica Magazine

AÑO I — BUENOS AIRES, Lunes 27 de Diciembre de 1926 — No. 7



LA NAVIDAD EN EL PARQUE LEZAMA. — (Dib. Parpagnoli)

HOMBRES Y COSAS DE LA SEMANA

COMIENZA LA MALA RACHA PARA los asaltantes que han puesto en peligro la seguridad de los propietarios de chalet de todos los alrededores de la capital: los asesinos de Castritius, acaban de caer en manos de la policía; y han caído no gracias a la hábil pesquisa que indudablemente nuestros polizontes no han llevado a cabo, sino al arrojo — llamémoslo así — de señor Helmberg, propietario del chalet de Rivadavia. No es oportuno entrar en consideraciones sobre un tema tan discutido; pero, conviene señalar el hecho de que los autores de



la murte de Castritius, y quizá de la de Ray, han caído, como la célebre mosca de la fábula, víctimas de su propia tentación: los chalets más o menos aristocráticos...

DON ROQUE OTAMENDI HA SIDO EL personaje de actualidad según nuestros colegas semanales. Ni una sola revista de la capital se ha quedado sin publicar a dos, tres y cuatro columnas la vera efigie de tan cumplido caballero. ¿Qué ha hecho, dirán nuestros lectores, este señor? Pues acaba de organizar con



todo éxito la fiesta de la poesía, recientemente llevada a cabo en el Cervantes, y que ha sido una de las veladas más simpáticas de año. Y, lo que es más, don Roque ha hecho algo que a primera vista resulta imposible: ha logrado reunir en un sitio dado y sin que se produjeran incidentes lamentables, a los vates y a las poetisas más celebrados y nerviosas de nuestro medio. Todo un triunfo, como se verá...

EL DOCTOR LAFIANDRA, ganador de los dos millones de la Lotería Nacional, se ha mostrado hermético al reportaje. Ha temido, quizá, que los muchachos de la prensa le exteriorizaran demasiado vivamente su alegría por el suceso...; ha temido, quizá, que a la par que los rostros sonrientes se le extendieran manos abiertas, y ha visto un sablista en todos y cada uno de los dos millones de habitantes de Buenos Aires. Ni entrevistas, ni felicitaciones, ni llama-



das telefónicas, nada, ni nadie ha logrado llegar hasta el doctor Lafiandra; y el buen público curioso, que quiere saber qué tiene en mente el novísimo millonario, se ha quedado con un palmo de narices. ¡Qué horrible debe ser la obsesión del sablazo para aquellos que, como el doctor Lafiandra, tienen dos millones fresquitos en las manos...

TENEMOS QUE VOLVER A OCUPARNOS DE la eminencia brasileña, el profesor Neumayer. Su anunciada conferencia en el Augusteo se acaba de realizar, y a ella, efectivamente, asistió doña Orfilia Rico, quién, visiblemente emocionada, como la concurrencia, movió levemente brazos y piernas, después de tres años de invalidez total. Se realizó, pues, a medias el milagro prometido, y si bien el doctor Neumayer no tuvo ocasión de decirle como Jesús a Lázaro: "Levántate y anda!", demostró al menos que su método es valioso y que la autosugestión constituye un poderoso remedio para los males nerviosos. Y, como doña Orfilia está convencida de que sanará, hay fundadas esperanzas de que



volvamos a saludar en las tablas a una de las figuras más destacadas del teatro nacional.

F. T. RODRIGUEZ, EL JOCKEY CELEBRE, ha caído, para usar la expresiva frase, en "cana"; y con su caída, han venido a revelarse los entretelones de un "ngocito" más o menos curioso: el popular F. T. parece que tenía un convenio para entregar a cierto Mecenas de ocasión, determinadas sumas resultantes de su actuación profesional, y, como es natural no cumplía con lo estipulado. Y decimos natural porque, ¿cómo había de cumplir Rodríguez con su compromiso, si la persona a quien estaba obligado era su benefactor y el hombre que le hice célebre en Bunos Aires. La ingratitud, aún entre los jockeys es moneda corriente;



pro esta vez parece que el pobre F. T. las ha pagado en forma...

DEBEMOS RENDIR HOMENAJE A LA gran víctima de la semana: al pavo, que, en unión del pan dulce y de la sidra clásica, constituyen el mayor atractivo de as fiestas de Navidad. En efecto, ¿qué sería de más de una nochebuena sin el pavo tradicional? ¿Quién no ha experimentado algo solemne al sentarse a la mesa en cuyo centro humea el relleno obligado para semejante noche? Bocados más sabrosos hemos probado en todos os días del año; pero, el pavo de Navidad, por malo que sea, es siempre el plato forzoso, sin el cual no hay fes-



tejo alguno que valga, y por consiguiente, a inocente ave de corral seguirá siendo la gran víctima: en su muerte, que es nuestra alegría...

EL DOCTOR GUILLOT ha tenido uno de los debuts más admirables que se recuerden en los anales parlamntarios argentinos. De entrada, no más, ha logrado la aprobación del Presupuesto y ha encontrado la solución de un problema de carácter nacional y alarmante, que hace años venía preocupando a todos los argentinos. ¿En qué consiste el proyecto del doctor Guillot que la Cámara aprobara? En el mismo presupuesto nacional de otros años, al que se le han agregado diversas partidas para los sueldos de los nuevos empleados de la administración. Como se vé, una solución fácil y por entero grata a todos aquellos que viven del fisco, la gran Martona argentina...

lunes 27 de Diciembre de 1926 — Crítica — Pág.

:-: EL IDOLO ROTO :-:

LOS músculos de acero en distensión violenta dieron a la figura la silueta infeliz y lamentable del luchador vencido. Cayó en tierra de bruces, y la pelota rebotó en los costados de la red varias veces, como la bola del azar en la ruleta rebota en los alambres antes de caer en el casillero predestinado por la suerte.

El público, el monstruo de infinitas cabezas, el que paga, el que no siempre tiene razón, coronó la jugada con un comentario estentóreo, frenético y vibrante: "¡Gol!! ¡Gool!"

Y se poblaron "las populares" de pañuelos blancos, y el tableteo de ruidosos aplausos llenó el espacio. Estúpidas frases como saetas, nacidas sin sentido común del rubendariano "vulgo municipal y espeso", triunfaron roncamente:

—Patrit, ¿no te retiras aun, gandul? ¡Ventajista! ¡Nevera!

Patrit se levantó del suelo con gesto dolorido y escuchó la rechifla con angustia infinita. ¡Con qué dolor vió el gesto comprensivo de sus compañeros del once triunfador! Machiembrena, el vasco hercúleo, defensa del equipo, le lanzó una mirada de desdén. Cugat, el formidable chutador vicense, comentó el fracaso con sonrisa irónica. Solamente el colegiado Ansúrez, con su aspecto minúsculo de jockey vivaracho y su calva brillante de senador del reino, antes de lanzar la pitada vibrante de reanudar el partido, le alentó encogiéndose de hombros. Patrit comprendió en seguida el gesto compasivo del amigo de todos... Quería decir:

—Paciencia, pobre Patrit, paciencia. ¡Más horrible es el hambre.

Cuando subió a su casa, dolorido y maltrecho, encontró a su mujer en el umbral de la puerta resignada y sumisa.

—Nada, ¿verdad? ¡Como siempre!

El se desabrochó el abrigo con rabioso ademán, tiró la gorra al suelo y se sentó en un sofá con desaliento, desmadejado y fláccido, igual que una marioneta de guignol.

—¿Lo ves, lo ves? Es inútil; no sirvo para nada. Mi naturaleza no responde. ¡Me ahogo! ¡No sirvo...! ¡No vuelvo a jugar más!

¡Con qué pena lo dijo! Con todo el pesimismo de una convicción dolorosa que contrastaba con el recuerdo de los días felices.

¡Doce años...! Depediente de un colmado de la calle de Mallorca. Las primeras tentativas en el football correteando a pleno sol por los descampados de la Monumental. Una afición ciega, audaz, arrolladora; una personalidad destacándose día tras días, el primer billete "de los grandes" cobrado en el Club; la primera interviú laudatoria en El Noticiero; la novia bonita, dependienta de "El Siglo"; la boda sonada en el barrio querido, la moto roja y brillante como una joya de bazar... Los comentarios que hacían a su paso los transeúntes:

—Ahí va Patrit. Va muy bien ese chico...

Y de repente la fortuna le vuelve la espalda, como una hembra estúpida y coqueta. Gente nueva que empuja, la afición que se cansa de su ídolo y la gloria vacila, exactamente igual que su organismo, que su fe personal, que le dicta terca y machacona:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? No sirvo para nada. ¡No vuelvo a jugar más...!

—

Tan acostumbrada estaba su mujer a aquellos momentos depresivos, que ni siquiera le alentó. Le miró de arriba abajo con un suspirante ¡vaya por Dios! en los labios, y le dejó solo para irse por la cena.

Patrit, como fiera enjaulada, dando grandes zancadas por la habitación, tomaba serias decisiones.

—Mañana —decía mordiendo un caliqueño— me largo del Club y otra vez a dar tumbos por la vida. Pero ¿para qué sirvo yo, señor, sino para el deporte? Carezco de cultura, de oficio...

Y por primera vez el domador del éxito tuvo miedo a enfrentarse con la vida...

Gordinflona y avanzando a pasitos torpes, Monserrat, la nena —benjamín de la casa, un angelote de tres años, rubia y bonita, de cándidos ojazos de bebé, al agarrarse a sus piernas, mimosa, le cortó el hilo de sus meditaciones.

—Toma, papá —decía con gracioso ceceo—, un caramelo, ¿quieres?

Patrit la alzó en sus brazos y la colmó de besos.

—Pero, cochina, ¿te tomas el caramelo con papel y todo?

Y cuando iba a desdoblar cuidadosamente la cubierta, por azar irónico de la vida vió su figura policromada en la envoltura.

"Patrit —decía lacónicamente el epígrafe—, fué un formidable guardameta. Sin saber por qué se ha ido maleando, y ya no es ni sombra de lo que fué. Está casi por lástima de portero en el Real once de..."

No quiso leer más, y, tirando el caramelo al suelo, advirtió con amargo comentario:

—Mira, rica; no lo tomes, ¿sabes? Como a papá, puede hacerte mucho daño.

—

¿Cuánto tiempo estuvo asomado al balcón...? ¿Una hora?, ¿dos? ¡Qué importa el tiempo cuando el cerebro está acobardado por el dolor de pensar...! La calle que veía desde su alto piso de la Rambla de Cataluña le mostraba el aspecto de la ciudad en tardes domingueras. Cruzaban los tranvías tintineando apremiantes, repleto de gente que se divierte a plazo fijo; abigarrada muchedumbre sin alma, sin color personal, dominguera, que anda despacio y vuelve de un parque otoñal y gris demasiado cuidado, como un lienzo de Rusiñol... Muchedumbre rezaño que el lunes se levanta temprano para seguir la vida, igual que anda ahora sin prisa, sin emoción, sin ruido..., a la que me he de sumar mañana —pensaba Patrit—. Y sin saber por qué, le entraron unas ganas muy grandes de llorar.

Rui[illegible] de voces de la gente menuda y regaños alarmantes de su mujer le hicieron volver a la realidad. Creyó que debía imponer su autoridad paterna; cerró el balcón violentamente, y preguntó irritado:

—Vamos a ver: ¿qué pasa aqu- Ven acá, Pepet: ¿tú te crees que vas a seguir siempre lleno de coscorrones y llevándote todos los estacazos que se pierden en la calle?

Y Pepet, un despierto chaval de nueve años, explicó la causa de la riña que sostuvo hacía poco con los rapaces de la vecindad.

—Figúrate, papá, que esta tarde, al ir con los demás chicos de la calle a la plaza de Glorias Catalanas a jugar al fútbol, igual que todos los domingos...

—¿De qué juegas tú? —le preguntó el padre.

—De portero, papá; ¡naturalmente! —contestó Pepet con una seriedad tan cómica que Patrit no pudo menos que reír—. Pues verás: el tonto del chico de la farmacia...

—Ese grandulón antipático —continuó su madre.

—No me dejó jugar y me dijo... —y otra vez los sollozos cortaron la relación pintoresca de Pepet—. Me dijo... dijo...

—¿Quieres acabar de una vez?

—Pues verás: me dijo que no me dejaba jugar porque iba a salir tan calamidad como tú. Y yo, claro, le dí un puntapié, y él, como es mayor que yo, me hinchó de bofetadas. ¡Yo no dejo que insulten a mi padre!

Patrit se mordió los labios, enjugó con un pañuelo las lágrimas del chico, le dió dos sonoros besos en los chichones y ordenó a su mujer:

—Tráenos la cena ¡Ah! Y para el partido del domingo no te olvides de venir con los chicos al campo de fútbol.

—

Y llegó el domingo. Machiembrena, el vasco hercóleo, defensa principal del once triunfador, no salía de su asombro. Aquella tarde el público se metía con él, igual que con Cugat, el formidable ñores, ¡qué coloso! El de sus chutador vicense. Pero Patrit, setardes magníficas, memorables. Parando cañonazos inverosímiles, acudía a todas partes, desarrollaba plongeons magníficos, audaces paradas ante los pies amenazantes de los jugadores; saltos inconcebibles, estiramientos inenarrables, toda la gama, en fin, de su juego único de arte y de emoción.

El público rugía de entusiasmo. Le habían tirado un sin fin de placas los repórters gráficos; se mascaba el triunfo, el éxito conseguido a pulso. En el palco de la Prensa, los críticos le ovacionaban agitando las cuartillas pletóricas de elogios. Una tarde magnífica; la soñada por la afición.

Cuando acabó el partido, en que el equipo quedaba empatado, ¡al fin!, con el Barcelona, Patrit, intensamente pálido, recostado en el marco de la red que defendió como nunca, y antes de entregarse en los brazos de los espontáneos, que en avalancha avanzaban hacia él para sacarlo en hombros, dirigió una mirada satisfecha al palco donde estaban su mujer y sus chicos, Monserrat y Pepet, que palmoteaban con más calor que nadie y gritaban con débil vocecita, con más entusiasmo que ninguno:

—¡Papá...! ¡Papá...!

-:- ¿QUE ES EL SOL DE MEDIA NOCHE? -:-



PARA los que vivimos en países templados, donde sólo por referencias podemos tener una débil idea de lo que pasa o se ve en las regiones polares, tiene algo de maravilloso y extraño este fenómeno por su nombre el más poético de cuantos estudian la astronomía: el "sol de media noche".

Todo aquel que goza de cierta cultura geográfica ha oído hablar de este espectáculo natural, constante en el mes de junio en los países árticos, y lo bastante curioso para atraer a Noruega y a otros puntos igualmente accesibles de dichos países numerosos turistas, ávidos de presenciar algo nuevo en interesante; pero son relativamente pocos los que, sin haberlo visto, comprenden lo que el fenómeno significa y cuáles son sus causas.

El nombre singular y aparentemente paradógico del sol de media noche se da al aspecto que la órbita solar presenta a las doce de la noche, vista desde los países próximos al círculo ártico, la época del solsticio de verano.

Empecemos por recordar que la Tierra, durante su paseo anual en torno del Sol, lleva su eje de rotación inclinado y siempre en la misma dirección. Como consecuencia, cuando la Tierra está en un cierto punto de su órbita, el Polo Norte mira hacia el sol, y cuando el planeta se halla en el punto opuesto el mismo polo mira al lado contrario, y es el Polo Sur el que se vuelve hacia el astro, centro del sistema.

El sol ilumina el Polo Norte y hasta 23 1|2 grados más allá; toda la parte de la Tierra comprendida en esta distancia está encerrada dentro de un círculo imaginario, que es lo que se llama círculo ártico, está perfectamente iluminada durante el verano.

Si estuviéramos allí veríamos el Sol elevado sobre la parte Sur del horizonte hasta el grado del ángulo indicado por la pequeña línea de puntos.

Pero supongamos luego que, en virtud de la rotación de la Tie[illegible], llegamos a ocupar el punto (B).

Durante toda la tarde habremos visto al Sol bajando hasta tocar aquella línea, precisamente a la media noche, y en pocos minutos lo veremos empezar a subir de nuevo, describiendo un gran círculo en el firmamento.

Si estuviésemos más cerca todavía del Polo, veríamos que el Sol ni siquiera llegaba a tocar el horizonte, sino que siempre quedaría por encima del mismo.

Tal es el fenómeno llamado "sol de media noche".

ESCENAS DEL CABARET, por ARTECHE



Sola, pero segura de que su modernidad, atraerá a su mesa a algún adiposo burgués...

Ante sde entrar, se ponen de acuerdo acerca de la táctica a seguir...

Ya no bailan ni beben. Quieren poner un poco de amor, aunque mentiroso, en la farsa

Con el "ringo-rang del tango"...

... que no muere la bailaora

Lo más difícil de la noche: la adición. Pero, Juan Pérez, pagará sin chistar

Con dos por delante, es inútil que el "mishé" se resista...

Una que sonríe para cuatro. Cuatro que pagarán por ocho.

El estuco de las cuatro de la mañana. El más urgente, el más descuidado, el más triste...

CORRESPONDENCIA DE PARIS

LA CASA DE MIMI PINSON Y OTROS RINCONES DE MONTMARTRE DESAPARECEN

Del París Típico que se va

por M. R. Blanco-Belmonte

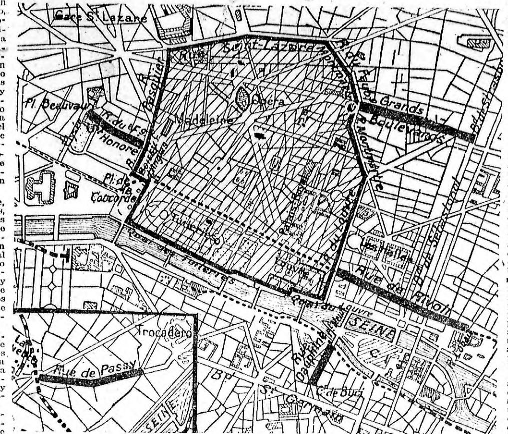
Conservaba un rincón pintoresco, de recuerdos románticos y artísticos, evocador de la juventud del inmortal poeta Alfre de Musset; un rincón consagrado por inspiraciones juveniles. Ese rincón estaba, y aún está — aunque ya amenazado de muerte, — en el típico Montmartre; no en la moderna calle ni el arrabal que llevan el nombre memorador del Monte de Martte o del Monte de los Mártires, sino en el propio cerro, donde antaño volteaban las aspas de los molinos de viento, contrahechos y suplantados por Moulin Rouge y Moulin de la Galette.

Allí, en ese antiguo Montmartre, subsistían callejuelas tortuosas, casuchas lugareñas empenachadas con buhardillas, y aspectos que respondían fielmente a la fisonomía que ostentó el pueblecito en otros tiempos próximo a la capital de Francia, pero no incorporado a ella; pueblo ques ervía de refugio a los artistas melenudos y que brindaba la hospitalidad de sus figones a las obreras y a los estudiantes que, por entonces, se lanzaban a pasar un día de campo.

Montmartre era un prócer venido a menos que se enorgullecía de su ayer. De los palacios señoriales que le ennoblecieron no guardaba ni los cimientos; pero mostraba ufano los monumentales despojos de su abadía benedictina y ostentaba como un blasón su romántico templo de San Pedro.

Y al lado de estas reliquias arquitectónicas, mantenía en pie hogares modestísimos, henchidos de emoción por la magia del recuerdo y por la magia de la fantasía: la casa de Julio Depaquit, inolvidable alcalde del Municipio libre de Montmartre; la pobre mansión que albergó la risueña y honrada existencia de Mimí Pinson, el célebre figón del Lapin Agile, donde se han revelado muchos cancioneros y no pocos pintores.

Desde hace dos años venían luchando sañudamente los defensores del París típico y los partidarios del París ultramoderno. Desde hace dos años se temía la demolición de los interesantes edificios que forman la plaza del Tertre y las calles de Mont - Cenis, Saules, Saint - Vincent y adyacentes.



El más reciente plano del París moderno, que va desalojando despiadadamente a la leyenda y la tradición

Los temores se han realizado; los devotos de las grandes vías, los entusiastas de los "rascacielos" y los propagandistas del cemento armado han vencido a los enamorados de los nidos de antaño.

El antiguo Montmartre se va para siempre, y, al despedirlo, suenan nombres de epopeya literaria: Balzac, Hugo, Dumas, Teófilo Gautier.... Y, ante todo, el nombre del cantor de Las noches.

Allí, en la casa número 18 de la calle de Mont - Cenis, vivió, o se supone que vivió, Mimí Pinson, tipo estilizado de la griseta, de la obrerita del París antañón, sentimental y romántico, que lloraba a lágrima iva asistiendo a las representaciones de Hernani y de Ruy Blas, y que aplaudía con entusiasmo La balada de los ahorcados, recitada por Gringoire.

Mimí Pinson vive y continuará viviendo por el acierto de la inspiración de Musset, que la retrató sobria y graciosamente en su popularísima canción. Mimí es rubia; sólo posee una gorrita y un vestido, evitándose con ello la tentación de empeñarlo en momentos de apuro; en el corpiño, sobre el corazón, le florece una rosa blanca, la alegría; a los postres de una comida suculenta, cuando la gorrita se tuerce hacia ciones de la botella. Sabe arreglarse con poco, es honrada y, si se queda soltera, le bastará con la compañía de su aguja; el que la lleve al altar coronada de azahares habrá conquistado una perla finísima, un alma no vulgar, un corazoncito sensible de mujer patriota, que hasta sabe ayudar a los soldados y prestar guardia en trances de peligro para Francia.

El insigne poeta español Manuel Reina, identificando a la heroína de la canción con la amada del cantor, le dedicó bellas estrofas:

"Mimí Pinson, la grisetseductora,
arrulla, dulce y coqueta
con su risa trinadora,
la juventud del poeta.
"Junto a su amada, el cantor
da al olvido
toda amargura y dolor,
al pie del rosal florido
donde mora un ruiseñor..."
....

Cierto que el actual cabaret del Lapin Agile sólo es actualmente sombra y reminiscencia del primitivo figón, al que acudían los gastrónomas deseosos de comer conejo encebollado; el figón, como se sabe, debió su nombre al ingenioso dibujante A. Gile, que, después de pintar un conejo saltando a una cacerola, puso su firma al pie, resultando El conejo ágil (Lapin A. Gile). Cierto que en el cabaret actual la clientela, en vez de conejo, consume uvas bañadas en vinillo blanco y llamadas impropiamente cerises. Pero cierto que en ese recinto se ha rendido y se rinde aún culto respetuoso a la poesía popular. Los parroquianos y los visitantes de paso escuchan atentamente poesías, recitadas por autores más o menos futuristas y aplauden a los artitas que, guitarreando mejor o peor, entonan canciones de vieux París.

La casa del alcalde Depaquit, aparte de su pequeño valor recordatorio, es popular entre los turistas que allí van indefectiblemente a adquirir vaciados de obras escultóricas, especialmente de las maravillosas y gesticulantes gárgolas que ornamentan la asombrosa basílica de Nuestra Señora de París.

Y todo este mundo de ayer quedará barrado por la piqueta reformadora. Montmartre será, indudablemente, la prolongación europea de la capital más europea que existe, pero..... habrá dejado de ser Montmartre.

Obra de amor a lo tradicional y a lo típico es, por lo menos, fotografiar y fijar esos rasgos que desaparecen; lamentando que, cuando los artitas se afanan por obtener reconstituciones históricas y por descubrir lo que fué, surjan los innovadores y derrumben lo que es, lo que se va para no volver: pequeñeces como la casa de Mimí Pinson.

M. R. Blanco Belmonte

(Notas Sevillanas) LOS VAGOS DEL PUERTO



N cada una de las cinco partes del mundo hay un sitio especial para vagos.

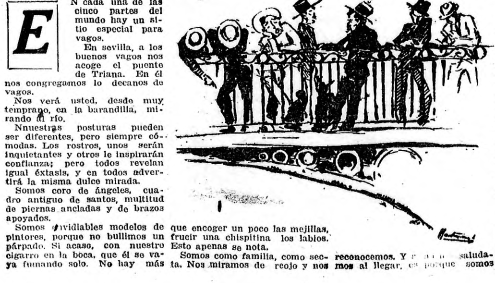
En sevilla, a los buenos vagos nos acoge el puente de Triana. En él nos congregamos lo decanos de vagos.

Nos verá usted, desde muy temprano, en la barandilla, mirando al río.

Nnuestras posturas pueden ser diferentes, pero siempre cómodas. Los rostros, unos serán inquietantes y otros le inspirarán confianza; pero todos revelan igual éxtasis, y en todos advertirá la misma dulce mirada.

Somos coro de ángeles, cuadro antiguo de santos, multitud de piernas ancladas y de brazos apoyados.

Somos envidiables modelos de pintores, porque no bullimos un párpado. Si acaso, con nuestro cigarro en la boca, que él se vaya fumando solo. No hay más que encoger un poco las mejillas, fruncir una chispitina los labios. Esto apenas se nota.



Somos como familia, como secta. Nos miramos de reojo y nos reconocemos. Y ... saludamos al llegar, es porque somos hijos de ciudad grande, y afectamos indiferencia de vecinos espaciados, de vecinos que no viven en un corral cualquiera.

Ningún otro sitio mejor para los vagos depurados que este puente de Triana, tan lleno de cosas y de gritos, donde hay tanto que mirar.......

Sólo aquí me recupero cuando me noto un poco perdido. Algunas veces siento que mi espíritu quiere repartirse por mis músculos con una fuerza traicionera. Entonces me digo: "¡Quieto!", y, andando muy despacio, me voy al puente, tomo puesto entre mis hermanos, los buenos vagos; me acodo en la barandilla y... ¡vuelvo a ser!

¡Ah, nosotros, los vagos del puente de Triana!

Todas las mañanas acudimos a nuestra barandilla ungidos de pereza. Véamos llegar adoptar nuestra mejor postura y ponernos a mirar el río, el horizonte o las lanchitas pequeñas que desembarcan melones en el muelle.....

¿Qué hacemos? ¡Ah! Vagar, cumplir nuestro rito de vagancia, ¡decir nuestra misa de vagos! Hemos abierto el libro del día, y leemos las oraciones del ocio. Y nos disponemos a comulgar sol puro, sol sin dolor y sin pecado de lucha.

Fuera de nuestra bruma, de nuestra fe de vagos, se mueven ... de prisa las grúas areneras ... oscilan las embarcaciones pequeñas sobre el río color de mar.

¡Río, riíto, verdiazul en las mareas!

¡Para mí mis ojos los rizos de tu corriente, los barcos de tu camino! ¡Para mis brazos la baranda de tu puente!

Nosotros, señores, los vagos del puente de Triana, somos (ya que no cuadre a nuestra modestia decir que lo mejor) lo más devotamente vagos que pueda darse.

¡Hurra! por los vagos del puente de Triana! Y, hermanos de todos los países; los que vagan en este apartado andaluz, alegremente os saludan: ¡Hip, hip...! ¡Hurra!

PEQUEÑA GLOSA DISQUISITIVA ACERCA EL USO DE ZAPATOS EN BUENOS AIRES

NOVENTA y nueve de los cien transeuntes que desplazan un espacio de aire igual al peso del volumen que desalojan en el subterráneo donde viajo, calzan zapatos.

El único que lleva botines es un original. Se le suponen ideas antisociales por el mero hecho de usar botines en la democracia igualitaria de los 99 pares de zapatos de sus 99 contemporáneos.

Su excepción a la regla general es odiosa y es antipática como son antipáticas y odiosas las reglas, aun las gramaticales.

Su originalidad alarga el belfo de mis vecinos, en un inconsciente gesto de mayúsculo desprecio.

Y el gesto se explica. Se admite, por ejemplo el que usa polaicas, aun en verano, porque las polaicas abrigan la idea no nata de ser prolongación de los pantalones. Y toda prolongación presupone una generosidad que emociona como el vagido de un niño en la alta noche.

Pero el botín ofende ciertamente a los plebiscitarios zapatos de mis vecinos.

El cronista, acostumbrado a inquirir de los detalles vulgares de la vida, la profunda filosofía del hombre que cuatro veces al día viaja en subterráneo, comprende y tolera la envidia de los que calzan zapatos. Y desprende de su caso colectivo una sabia reflexión. El espíritu de Buenos Aires se mediocriza porque sus habitantes calzan zapatos que constituyen una mediocrización del botín, así como los hombres bajos son mediocres altos y los charcos suburbanos, donde la luna se juega la cabeza, son la mediocrización de las límpidas y bellas corrientes blancas de las nubes del cielo.

El hombre de los zapatos es un hombre triste y mediocre. Jamás será héroe de una aventura amorosa en las novelas de Guido da Verona y sus ideales quedarán siempre a media asta como sus calcetines.

El hombre de los zapatos posee un espíritu de Caja de Ahorro Postal. Es el teorema nuevo del "risparmio". Ahorra en capellada todo lo que gasta en suela en su diario trotar por la ciudad.

Las mujeres deberían retirar su amor al hombre de los zapatos.

Al hombre que nunca les comprará un beso con una joya. La generosidad del hombre con zapatos culmina, épica y melancólicamente, en una caja de nogatines.

El hombre de los zapatos tiene un zapato por alma, un zapato propicio a los enllenamientos de las pasiones mezquinas, de los deseos superfluos e inútiles, de las esperanzas pantanosas que enlodarán su alma.

El hombre de los zapatos es un ser triste y lacio que todavía usa zapatos esperando al Rey Mago que se los colme de mercedes.

El uso generalizado de los zapatos a uniformado todos los pies ciudadanos sobre el mismo mediocre empeine.

Ha roto la posibilidad de los empeines cubiertos a indiscreciones, embelecidos por el misterio.

El empeine urbano no es edificante ni armónico. Esta penosa enseñanza la divulga a los cuatro vientos de la urbe el descubrimiento de las intimidades que el zapato permite.

El ahorro del cuero en un país eminentemente pecuario como es el nuestro, según los socialistas, da una triste idea de su juventud.

El joven es generoso y despilfarrador y todo pueblo que ahorra cinco centímetros de cuero en sus zapatos no es un pueblo llamado a grandes destinos en la historia.

La tristeza de Buenos Aires está en los zapatos de sus inquilinos así como la tragedia de Falstaff residía en el fondo de su barriga.

El hombre que usa botines pisa en los asfaltos con seguridad de dueño y ritmo donjuanesco de triunfador.

El hombre que usa zapatos no pisa, se desliza, cauta y lentamente, con paso ingrávido de acreedor. Empero todo hombre que usa zapatos es hombre sobre el que pesa un embargo judicial en su sueldo empantanado en un expediente del Palacio de Justicia.

Nunca veréis a un hombre con zapatos frotarse las manos como lo hace en la tapa de su libro.

El gusto de vivir, el placer de andar, la voluptuosidad de transitar no la conocemos los que usamos zapatos.

El zapato, breve y cómodo, nos dice que la vida es dura y no se puede vivir sin trabajar.

El botín retarda la salida de nuestros hogares, nos hace llegar tarde a todas partes y nos inicia en el placer vedado de la informalidad.

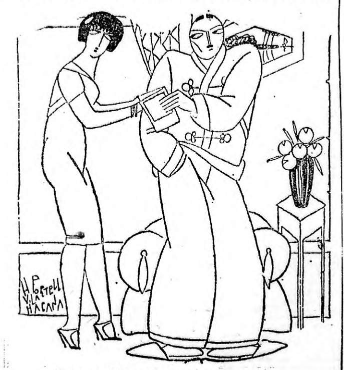
Buenos Aires está triste de toda tristeza desde que sus habitantes se mediocrizaron en el zapato mediocre. Porque el zapato tiene la ambigüedad de las cosas a medias, de las medias tintas, de los esquemas, de los proyectos, de las alusiones, de los borradores, del edificio del Correo que no se termina nunca...

.. ..

Al llegar a la estación donde el cronista baja habitualmente, rompe el hilo de sus cavilaciones la auto-sorpresa de contemplarse los zapatos que calza...

Nicolás Olivari.

LOS REGALOS DE ESTACION



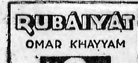
—¡Vamos, querida!... ¿Otra vez con almanaques?..

ACLARANDO LA SITUACION



La dama: — ¿Están ustedes comprometidos jóvenes?
Ella: — Yo sí, señora; ahora, en lo que se refiere a Juancito no lo sé.......

ACTUALIDADES DEL MUNDO LITERARIO





VERSION DE
JOAQUIN V. GONZALEZ
MCMXXVI

Don Alberto Gerchunoff cocinó, hace poco, doce pavos en el domicilio de Horacio Quiroga, comida de que dió cuenta CRITICA con abundante pormenores.

Interrogado Gerchunoff por un poeta de la nueva generación que lo encontró en la calle días después, si la cocina no sería su violín de Ingres, respondió el autor de los "Gauchos Indias".

Ojalá Ingres hubiera tocado tan bien el violín como yo cocino.

No hay temor de que el brillante literato, empujado por su éxito culinario, abandone la pluma, por la espumadera.

Da fe de ello su nuevo libro, "Historias y Proezas de Amor", que acaba de aparecer, editado por Gleizer, e impreso en los talleres gráficos "Ricordi", al que le estamos debiendo excelentes libros.

Consta "Historia y Proezas de Amor" de cinco narraciones tituladas:

"El hermano mendicante".
"El romance de doña Florinda".
"El bufón".
"Historia cuotidiana de un pobre hombre".
"Obras gloriosas y proezas edificantes de un rústico enamorado".

Además, cierra este hermosísimo volumen un ensayo denominado "Diálogo sobre el amor y la muerte".

Casi todos los cuentos (casi estaríamos por decir todos) de este nuevo libro han sido publicados ya en las páginas del suplemento literario de "La Nación" y su lectura fué celebradísima por los abundantes admiradores que le ha granjeado a Gerchunoff su prosa de primer agua y su amenidad incomparable así como la elegante soltura conque maneja las más diversas ideas y teorías.

Gerchunoff lleva escritos ya con éste nueve libros y anuncia una novela "La buena nuera" que ha provocado expectativa. A través de sus cuentos se advierte el novelista de garra, lo que asegura, desde ya, el éxito de su intento.

Próximamente se reunirá el jurado para discernir los premios nacionales de literatura correspondientes al año 1925.

Como en años anteriores, el número de obras presentadas es crecidísimo aunque el peligro de la injusta competencia que lo hacían a las obras de literatura pura los esperpentos de derecho ha desaparecido en parte, pues se va haciendo tradición la sensatez de los últimos jurados.

Sólo en este país y con jurados sin ninguna responsabilidad intelectual pudo darse, vaya un ejemplo, un primer premio de literatura a un libro de derecho como el doctor Colmo.

Lo extraordinario es que el agraciado aceptara el premio, corroborando el desacierto del jurado el nombre de cuyos componentes hemos tenido la elegancia de olvidar.

La Editorial Buenos Aires ha publicado en volumen la novela de Jesús María Jordán, "La Bambina", que dió en folletín oportunamente "La Razón".

Después de varios tanteos decorativos, esta Editorial por acciones parece haber dado con una tapa moderna, sobria y llamativa al mismo tiempo.

Nos alegramos, porque la presentación antigua era de un mal gusto irreprochable, así como suena, irreprochable. En materia de mal gusto no se podía pedir más buen gusto...

El poeta regional **Luis L. Franco** será editado por **Manuel Gleizer.**

"Coplas de pueblo", "Nuevo Mundo" y "Los trabajos y los días", se titulan los libros que aparecerán. En "Nuevo Mundo" el poeta catamarqueño, según informes fidedignos, intentará una nueva forma poética.

Está alcanzando difusión merecida la revista "Pareceres".

A su abundante material de artículos políticos, filosóficos, didácticos, literarios, científicos, etc. etc, une una abundante y buena bibliografía.

Libro que se publica y que encierra alguna importancia es objeto de sensatos juicios críticos que revelan una eficaz orientación.

En sucesivos números "Pareceres" se impondrá en la medida de sus merecimientos que son muchos.

Un acontecimiento literario es la publicación de las Rubáiyat de Omar Khayyám en versión castellana yuxtalineal sobre el texto inglés de Edward Fitzgerald (2.a edic.) por Don Joaquín V. González.

Han sido impresos de esta obra, editada por Juan Roldán y Cía., 25 ejemplares especiales en papel ilustración chamois, numerados en la máquina del 1 al 25 y 2 ejemplares en papel Registro, señalados con los guarismos V1 y V2.

En el colofón puede leerse lo que sigue:

"Joaquín V. González compuso este libro para solaz de su espíritu y como la más fina floración de su vejez. Publícase como obra póstuma y por voluntad de los deudos del autor, bajo la dirección de Julio V. González. La carátula fué dibujada por Adolfo Travascio. Se realizó la impresión en los talleres gráficos de López y Cía., Buenos Aires, y se dió fin a la obra el 17 de diciembre de 1926."

Además de las "Rubáiyat" el libro trae:

2.o "Rimas Orientales" sobre las Rubáiyat, por Joaquín V. González. De la versión francesa de J. B. Nicolas, (1867) e inglesa de Frederick Baron Corvo. Edición bilingüe publicada por John Lane, 1903. (1917-1919).

3.o "La voz en el desierto". De la versión inglesa de "Wasiyyat" o Testamento de Omar Khayyám, de Louis C. Alexander (1907) por el mismo Joaquín V. González.

La introducción del libro, sabiamente documentada y llena de acertadas consideraciones ha sido escrita por el Dr. Julio V. Charles Grolleau, Joseph Jacobs, samente la herencia espiritual de su glorioso padre, cultivando las letras con ejemplar nobleza y nutriendo su inteligencia de altas ideas filosóficas y sociales, consolándonos de la miseria ideológica de algunos de nuestros escritores.

Examina el señor González, en su proemio, las opiniones de Fitzgerald, Nicolas, Renna, Harkel Dole, Edward Heron Allen, Bleyes Cowell, Teófilo Gautier, Charles Grolleau, Joseph Jacobs, John Payne, Louis C. Alexander y nuestro Carlos Muzio Sáenz Peña acerca de la interpretación mística, erótica que se debe dar a las célebres cuartetas del poeta persa, a quien algunos consideran como un libertino corrompido y otros como un místico, a pesar del aparente sensualismo de sus imágenes, que encierran una significación simbólica religiosa.

Ya nos ocuparemos con detenimiento, en uno de nuestros próximos números, de este libro singular. Mientras tanto, cedamos la palabra al Dr. Julio V. González.

"Joaquín V. González — dice — tenía terminada la obra que hoy se publica por lo menos cinco años antes de su muerte. A instancias mías, cuando una noche me la dió a conocer, me dijo que prefería más bien que figurase como obra póstuma. De sus méritos juzgarán otros, pero desde ya se destaca uno: es la primera versión en idioma castellano completa y en verso que aparece de la traducción de Edward Fitzgerald."

"He preparado esta publicación ajustándome estrictamente al original dejado por mi padre, el cual se halla en un pequeño álbum como los usuales para escribir poesías, con la disposición que habría de tener en el libro. Con el estudio que he debido hacer a fin de asegurarme que lanzo una edición prolija, me habría bastado para agregar notas y referencias que posiblemente el autor hubiera hecho. Pero, en primer término, nunca me decidí a interponerme entre el autor y el lector y luego que hubiera sido ocioso aplicar una vez más el cliché que ya existe y se repite en las ediciones corrientes, desde la biografía de Kayyám hasta la información de quien era Jamshid."

"Este libro puede ser un breviario y cuando el lector termine de leerlo, me agradecerá, sin duda, que no le importunase con la compañía de un "cicerone" en su vagar por los prados abstractos del pensamiento de Omar.

"María Isabel Villamil, dilecta amiga mía, me asistió en la tarea como sólo puede hacerlo un espíritu de sus calidades Con su completo dominio del inglés, su sensibilidad artística y su probada disposición para toda labor intelectual, me ha prestado una colaboración que compromete mi gratitud. Quede pues, pública constancia de ella."

En esta misma página transcribimos las cuartetas que tratan de "lo fugitivo y lo eterno".

AUTOBIOGRAFIA

(Esta autobiografía corresponde a la "Exposición" de Vignale y Zeitlin, libro que reflejará la actual poesía argentina)

LOS íntimos quehaceres y quehaceres de mi vida, supongo haberlos publicado ya en prosa y verso. Faltan los pormenores de fechas y de nombres propios (hojas de almanaques y mayúsculas), que paso a registrar sin darles mayor importancia.

***Soy porteño;** he nacido el mil novecientos en la parroquia de San Nicolás, la más antigua de la Capital, al menos para mí. La época de la guerra la pasé en Ginebra, época sin salida, apretada, hecha de garúas y que recordaré siempre con algún odio. El diez y ocho fuí a España. Allí colaboré en los comienzos del ultraísmo.. El veintiuno regresé a mi patria y arriesgué con González Lanuza, Francisco Piñero, Norah Lange y mi primo Guillermo Juan, la publicación mural Prisma, cartelón que ni las paradas leyeron y que fué una disconformidad chambona y hermosa. Después aventuramos Proa, en que salió a relucir Macedonio Fernández, y que cumplió tres números.*

El veinticuatro, a instigaciones de Brandan Caraffa, fundé una segunda Proa; esta vez con Ricardo Güiraldes y Pablo Rojas Paz. Proa murió calmosamente a los quince números.

JORGE-LUIS BORGES

ESTILO...

POR MANUEL MACHADO

Así quedó, en el alma,
de una lejana tarde
el recuerdo. No tiene
pie la estampa. Es en valde
pedirle nombre, sitio,
fecha, país... No sabe
decir más que: el recuerdo
de una lejana tarde.
Estilo,... geometría
sutil de lo inefable.

Manuel Machado

* * *

HISTORIAS y PROEZAS DE AMOR
ALBERTO GERCHUNOFF



DESALIENTO

ESTE afán cotidiano de adquirir los guisantes,
de pesar los centavos y encender el brasero,
divagar con castillos y piedras deslumbrantes
sin saber dónde y cuándo se comerá el puchero!

Ese desprecio olímpico por el sucio dinero
que todo lo corrompe con su sola presencia,
y sufrir estrecheces, que mencionar no quiero,
tal vez para olvidarme que vivo en la indigencia!

Debe a cada santo una vela y a cada
persona conocida tener acobardada
con timbres y blasones, y...... con tanto pedir.

Y ver que nuestros Lyses y gemas de Golconda
no influyen en la psiquis del dueño de la fondas
¡El sabe que son cuentos lo del Oro de Ofir!

Antonio A. GIL.

Por MANUEL ROMERO DELGADO

UNA NOVELA EN C

Nos complacemos en ofrecer a nuestros lectores esta hermosa novela original de Romero Delgado, una verdadera primicia que CRITICA-MAGAZINE acoge gustosa en sus columnas.

CAPITULO I

ESTOY parado en la esquina de Florida y Rivadavia. El espectáculo de esta calle Florida, trivialmente *sui géneris*, tiene siempre, para mí, el encanto de lo nuevo. No pienso en nada: atisbo los rostros de las muchachas, su manera de sonreír, el color de los ojos, si es posible... De vez en cuando echo una mirada fugaz a la línea recta de mi pantalón o me arreglo el nudo de la corbata.

Cuando estoy a punto de irme, siento que una mano se apoya en mi hombro. Me vuelvo: es Leónidas. Leónidas mismo.

¿Cuánto tiempo hace que no lo veo? ¿Dos meses, tres meses? Casi nos abrazamos.

—Hola, ¿eres tú?

Advierto rápidamente, con esa intuición psicológica instintiva, que en el tiempo transcurrido a mi amigo le ha pasado algo importante. Lo dice cierta nerviosidad casi imperceptible que noto mientras estrecho su mano, lo dice su sonrisa, con algo de alegre y de forzado, lo dice su aire distraído...

—

Leónidas es un muchacho alto, un poco encorvado. Tiene una barba cerrada de un gris terroso y sucio y unos ojos de un azul dulcísimo. Si Leónidas no tuviese estos ojos azules, su traza sería completamente selvática.

A veces, en horas amargas, Leónidas se place en borrar de su faz la expresión de mansedumbre que le prestan los ojos azules, montando sobre sus narices unas horribles gafas negras; es una puerilidad de la que él mismo suele reírse. Lo cierto es que, los que le conocen, no se atreven a abordarlo cuando lo encuentran con las gafas.

Hay en el desaliño de su traje, un tanto verdoso y raído, algo de elegante, y en sus maneras reposadas y seguras, algo de aristocrático. Recuerdo un antiguo soneto suyo que comenzaba:

Pese a mi traza de marqués bohemio...

Por entonces, a los veinte años, tuvo Leónidas momentos en que se creyó de buena fe marqués y bohemio. Los tiempos han pasado y de esta pobre ilusión sólo guarda él un lejano perfume irónico. Ahora no se cree ni marqués, ni



bohemio, ni siquiera poeta... Pertenece a la redacción de un vespertino y es crítico teatral.

—

Leónidas me toma por el brazo; yo no quiero interrogarle; sería inútil; sus respuestas serían monosilábicas. En cambio bien sé que él, de repente, lo dirá todo.

Caminamos hasta Corrientes y Leónidas me invita a entrar en un café.

—Tengo una sed terrible; vamos a tomar whisky con soda.

—¡Ah! — hago yo.

—¿Qué?

—Que me he decidido a someter mi dispepsia a un programa de continencia. El régimen, el método, el sistema: he ahí el único medio de vivir tranquilo.

Leónidas se para y me mira gravemente; luego tiene una sonrisa entre escéptica y burlona.

Me siento un poco picado y le miro por el rabillo del ojo, arrugando el entrecejo. ¡Si creerá este hombre que soy incapaz de sostener estrictamente un régimen!

Pero Leónidas no me da tiempo a meditar otra cosa; entramos en un café y pide para los dos, whisky y *tonic water*.

—

El pequeño incidente del whisky me abstrae por completo; no, no es posible el método; la fatalidad no lo quiere. ¡Qué le vamos a hacer!

Leónidas apura un vaso, dos...

—Hace tiempo que tengo algo que decirte — empieza, mirándome a los ojos.

—Con ir por casa...

—No, no quería buscarte;

CINCO CAPITULOS

quería que nos encontrásemos sin buscarnos.

—No te entiendo.

—Una tontería.

Hace Leónidas un paréntesis; se arregla los puños de la camisa; y después:

—Escucha: ¿crées tú que yo tengo algo de héroe? ¿No? Claro. Yo debo parecer un tipo profundamente burgués. Sin embargo, muchas veces siento una ardiente sed de hacer algo heroico; de entrar en una casa ardiendo y salvar a una mujer o a un niño; de interponerme entre un puñal y un cuerpo... y recibir la puñalada... Y en el fondo de todo esto, ¿sabes tú lo que hay? Vanidad, vanidad...

Hace Leónidas otro paréntesis; y luego, en alta voz, como colgando un apéndice a su breve meditación:

—Como si desear la gloria fuese otra cosa que vanidad; como si los grandes héroes fuesen otra cosa que grandes vanidosos...

Yo no preveo dónde irá a parar Leónidas con esta graciosa digresión. Mientras tanto, me he olvidado del método y he colmado mi vaso por tercera vez.

—Es que quiero desahogarme — continúa él. — Hasta hace poco tiempo, el pensar que era hombre vanidoso me sacaba de quicio. Todas mis otras malas cualidades las soportaba de buen grado; pero esta de la vanidad, ésta me recordaba a cada momento; Leónidas, eres un imbécil. Me parecía que cuanto escribía, cuanto hacía, era para complacer un deseo vanidoso...

Luego, cambiando de actitud:

—Hace quince días, fuí una noche a un café donde había orquesta de chicas; es un café semi-galante; pedí ésto, whisky. Un vaso, otro vaso... ¡Oh, qué ojos los de la primer violinista!...

Leónidas hace otra pausa; se tira el chambergo sobre la nuca, apoya los codos sobre la mesa y la cara en las manos.

—Muchacho: yo, cuando estoy borracho, me siento un poco superhombre. Muchacho: tú sabes bien que puedo ser un hombre lleno de vanidad, pero nunca me las he echado de conquistador; yo tengo que sentirme un poco superhombre, que estar un poco borracho, para mirar con fijeza a una mujer...

Tenía los cabellos de un rubio oro viejo y los ojos verdes, de mirar acerado. A un mozo que estaba cerca de mí le pregunté, señalándola con el gesto:

—¿Cómo se llama?

El sonrió con una picardía celestinesca y respondió:

—Lilí...

Lilí, Lilí se llamaba; no quise saber otro nombre. Yo la miraba; ella notaba mi insistencia y me correspondía con leves sonrisas. Y yo hubiera querido realizar en aquel momento alguna proeza, alguna barbaridad, ¡qué se yo!, que hubiese despertado en la muchacha del violín un gran amor por mí, un amor de novela...

De madrugada la esperé a la puerta del café; salió con el pianista y otra chica; la del violón; las dos me vieron y se cuchichearon algo; las seguí; cuchichearon algo; las seguí; cuando entraron en las calles del centro el pianista se separó de ella: entonces yo las alcancé en dos trancos y le hablé a Lilí; no sé lo que le dije ¡estaba borracho!

Leónidas se calla; yo no sé qué decir. Le pregunto:

—¿Y...?

—Que desde hace diez días Lilí vive conmigo.

Entramos por Corrientes, hacia Paseo de Julio. Me sentía yo un tanto aturdido por el wisky, por los timbres de los cines, por el bullicio de la calle, y temía hablar por no decir alguna tontería. Cogía a Leónidas por el brazo y me puse a silbar, estúpidamente, un tango conocido.

Yo también me siento un poco superhombre cuando estoy borracho. El alcohol me vuelve audaz, y, a veces hasta elocuente. Pero esta vez falló el efecto y más bien parecía cohibido y tímido.

Por ésto, cuando vi que Leónidas me metía en el vestíbulo del Royal, creo que me ruboricé y tuve un conato de resistencia.

Cuando salimos a la calle, ya más despejada y tranquila, Leónidas consulta su reloj:

—Las doce y media; vamos allá.

—¿A dónde?

—Al café donde ella toca el violín.

—Bueno.

Ahora lo comprendía todo; casi me sentía clarividente. Seguimos hasta Paseo de Julio y andamos unas cuadras bajo los soportales; hasta que nos detuvimos ante una ancha puerta profusamente iluminada con lamparillas de colores. En el dintel, y en forma caliente, había un gran letrero con un nombre en letras góticas. Detrás de la mampara, con vidrios opacos, se oía una música de ritmo agudo y violento: entramos.

Nos sentamos a una mesa casi oculta por completo en la caja de la escalerilla que asciende al palco de la orquesta. Lilí nos ha visto entrar.

Me explica Leónidas que aquél es su sitio habitual pues desde aquella noche viene todos los días a buscar a su querida.

El mozo se aproxima:

—Lo llaman Milonguita — me ilustra Leónidas, bajándome la voz y guiñándome un ojo.

—¿A quién?

—Al mozo...

Lo miro: es un hombre bajito, medio calvo, con los ojitos hundidos y apagados, de nariz diminuta, de cara redonda. La boca amplísima deja ver dos hileras de dientes torcidos y negros.

—¿Qué se sirven?

—Este... Trae ginebra.

Milonguita se aleja, arrastrando un pie, y yo no puedo menos de interrogar a Leónidas acerca de tan curioso remoquete.

—Este es una reencarnación de la Celestina, pero muy modernizada. Tiene en el bolsillo del smoking una libreta con una serie de nombres numerados, si es rubia o morena chica o grande, gorda o flaca, y otros datos mucho más interesantes: tú le describes tu ideal y él medita un instante y luego te contesta: Número tantos. ¿Quieres probar?

—¡Oh, no! — contesto yo.

Milonguita vuelve cojendo con dos vasos y una botella de ginebra.

El fox-trot ha cesado y siento unos pasos menuditos sobre mi cabeza. Es ella, es Lilí. Viste un traje celeste, ampuloso, de crespón; una ancha cinta de seda cruza en diagonal su busto maravilloso y termina en un gran lazo, un poco ajado, sobre la cadera. Tiene movimientos vivos, de ardilla; estrecha mi mano entre las suyas, besa a Leónidas en las mejillas y se sienta entre los dos.

La cara es deliciosa; noto los ojos verdes; de una vivacidad extraordinaria, y el cabello dorado, peinado en un alto y complicado rodete. Los labios son rojos y golosos; entreabiertos, dejan ver unos dientes diminutos y blanquísimos. Lilí ríe por cualquier tontería y para ahogar su risa tiene por costumbre morderse la punta de la lengua: su cara tiene entonces un gesto picante y atrevido.

La charla de Lilí es mareante; habla de todo. Leónidas, que tiembla un poco, se la come con los ojos.

—¿Quiere usted que llame a la chica del violón? — me dice de repente, comprendiendo, acaso, que no me encuentro muy a gusto. Yo le digo que no.

—Usted se lo pierde — termina en una gran risa.

Luego llena medio vaso de ginebra y lo apura de un trago; yo me quedo perplejo y ella se ríe a carcajadas.

Lilí me ha dado una impresión de mujer rara. Ante todo me desconcierta la edad que podrá tener; me parece que es un dato inaveriguable. ¿Veintinueve años? ¿Diez y ocho? ¡Quién sabe! Y, sin embargo, no hay en ella artificio ninguno; ni afeites ni colorete.

Los brazos me extasían: los contemplo mientras aprisionan, en lo alto del moño, una horquilla rebelde, curvados como las asas de un ánfora griega: son redondos, finos, ebúrneos; y los dedos, alargados y puntiagudos como pinzas.

Arriba suenan unos golpes de tambor.

—Me llaman.

Y cuando se levanta, con grandes aspavientos, me da puntapié en la pierna. Y yo me pregunto: ¿Será sin querer?



Ahora comienzan a sonar las notas llenas de melancolía, del Divino Danubio Azul; pero la orquesta lo ejecuta funestamente y el que más agrio se destaca, es el violín de Lilí.

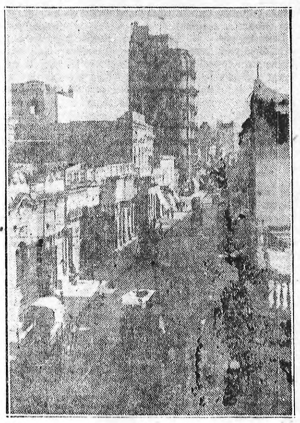
CONTINUARA EN EL PROXIMO NUMERO.

GUIA PARA CONOCER EL ALMA DE LAS CALLES

Calles medio alocadas, calles de los que nunca están en casa y calles noctámbulas

Corrientes, calle nocturna—

COMO dice el conocido tango canción. Esta calle es una mujer medio alocada que se levanta después del mediodía y que se desayuna con un copetín en los dancings de la tarde El reloj de Corrientes y Esmeralda está parado siempre a las doce de la noche; así sean las diez de la mañana, él marca las doce de la noche. Calle de los cafés nostálgicos y largos como zaguanes de donde sale un bostezo de tango fraguado por los bandoneones cansados por el ruido de las cucharitas. Sótano del Royal Keller donde los pescadores de metáforas van a ver si pescan alguien que les pague el café. Esquina de Carlos Pellegrini donde los pascanderos de Flores esperan su 96, medio aturdidos del fragor de las jazz bands y de la oscuridad de los cines. A la noche, las puertas de los teatros dan la impresión de que hubiera un incidente en ellos y de que alguien le hubiera pegado una trompada al boletero. El ruido de las bolas de los 36 billares llega hasta Parque Patricios. El Luna Park desolado duerme su recuerdo de castañazos. Los Lacroze parecen tranvías escapados del manicomio; y sus guardas usan bigotes para asustar, en cuanto terminan el serviico guardan los bigotes dentro de la cartera. Una observación: después de la doce en la calle Corrientes no hay vigilantes. A las dos, más o menos, esta calle comienza a apagar perezosamente sus letreros luminosos como una muje r fatigada que se quitara con displicencia sus joyas. En la calle Corrientes hay las san mujeres solas que no nece- mejores carteras del mundo. Pa- sitan ir acompañadas. En cada esquina hay varios señores gordos que están palpitándose un programa, mientras la gente que espera los tranvías se asila junto a las vidrieras iluminadas para leer CRITICA. Los teatros de revistas abren sus puertas en el preciso instante en que todas las bailarinas juntas lanzan su gritería final. Corrientes, calle nocturna, mujer que se desayuna con el copetín de la tarde en los dancings.


Calle Parera

Florida, te con masitas

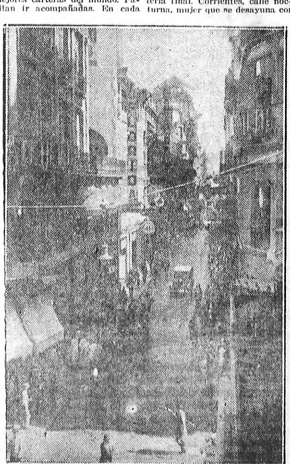
Hemos averiguado que un señores de Chascomús hacen diariamente un viaje de ida y vuelta a la Capital con el único objeto de pasearse por Florida. Con la gomina que hay en Florida a las siete de la tarde, se podrían pegar todos los carteles de una propaganda política. A las doce del día, Florida está llena de candidatos que van a saludar a sus conocidos. Hay gentes que uno ve tan sólo en Florida y que saliendo de ahí no las encuentra en ninguna parte. Los "nouveau riche" se dan un dique bárbaro paseándose en auto descubierto a mediodía con el peligro de percarse una insolución. Florida, calle donde las mamás compran los globos más grandes para los chicos pedigüeños. Florida, calle donde se vocean los diarios de títulos más raros y que nadie lee. Lo primero que hace un provinciano al llegar a Buenos Aires, es pasearse por Florida y reventársele los ojos frente a las vidrieras de las joyerías. Rinconcito del Pasaje Güemes; a la hora del te, en que enamorados temerosos del mundo están por arriesgarse en el juego del amor. Desde el Plaza Hotel hasta el hoy Banco de Boston han pasado ya, según la estadística de un diario de la tarde, treinta y ocho mil millones de personas. Este dato no está verificado. Por Florida han pasado todos los embajadores del universo. En tales casos para que no se resbalen los caballos en que van montados las granaderas, los mussolinos echan arena en el asflato. Hubo ipocas en que una de las obligaciones de los presidentes de la República ero pasearse por Florida. A Pellegrini se le ocurrió fundar el hipódromo paseándose por Florida. Una mujer no es lo suficiente bonita hasta que no pasea por esta calle para que la admire todo Buenos Aires y para que escuche los piropos más zonzos que zos que hayan dicho en parte alguna del globo. Cuando una persona no sabe qué hacer, se va a Florida y se pone a caminar tras de los otros como si formara parte de un regimiento de enloquecidos. Cuando los tranvías se llevan a la gente hacia Flores, Belgrano, Caballito, etc., la calle descansa y se despereza entre el ruido de las cortinas metálicas. Florida, calle sin ómnibus, bendita seas.

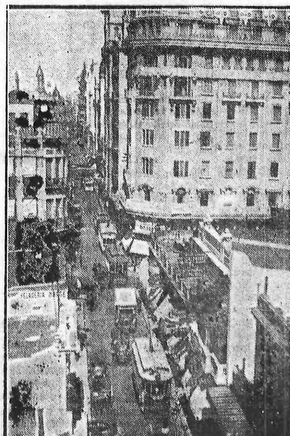
Calle Parera (el señor está en Europa)—

Parera es la calle de los magnates que nunca están en su casa. Los ricos se mandan hacer casas lujosas para vivir viajando. Las casas de la calle Perera, con la salida del último obrero que interviniera en su construcción, han sido cerradas con llave y la llave fué arrojada al río. Cuando uno entra a la calle Parera cree leer un letrero que dice: "silencio". Si hacemos la experiencia de llamar en cualquiera de los anchos portalones de las casas de esta calle, podemos estar hasta la madrugada sin que nadie nos conteste. Si por casualidad nos abren, nos recibirá un hombre semidormido que se restrega los ojos y quien, al preguntarle por el amo, nos dirá: el señor está en Europa. Es una calle de lujo, cuidada y elegan, te, ideal para casamientos. No nos imaginamos un cortejo nupcial pasando por Maipú y Corrientes, por ejemplo, pero sí por la calle Parera. Es en esta calle que las galleguitas del barrio darán cita a los gaviones que les harán más tarde el cuento del noviazgo. Para ser propietario en la calle Jarera, creemos que sería necesario tener plata en diez bancos a la vez. Nosotros hemos perdido las esperanzas de vivir en la calle solitaria y elegante. Es decir, de tener el gusto de no habitar una casa que se posee en la calle Parera. Al transitar por esta calle parece que estuviéramos gustando de un placer prohibido y que hasta allí no llegara el alcance de los derechos constitucionales que asisten a todos los ciudadanos. Parece una calle particular por la que no se tiene derecho a pasar. El ruido de las pisidas resuena como en un sótano, y los árboles, a nuestro paso, parecen conmoverse sorprendidos. Señor, cuando tenga alguna contrariedad amorosa, no tome cianuro, vaya a pasearse despacito por la calle Parera.

Junín (pensiones y compra y venta)—

En la calle donde hay más pensiones de estudiantes es en Junín. Se los ve con el guardapolvo blanco parados en los balcones hablando fuerte de anatomía o chistándoles a las chicas del barrio que pasan por ahí precisamente para que las chisten. Las pensiones de estudiantes, es algo muy pintoresco. Los que han pasado por ellas las recuerdan con ternura y con emoción, así como también las acideces de estómago, resultado de las comidas baratas. Cada fin de mes, las pensiones se llenan de una intensa nerviosidad; es que todos esperan ansiosamente la carta certificada en que los viejos mandarán la moneda para pagar la pensión o para trampearla. La dueña de casa es casi siempre una señora obesa y de buena familia, venida a menos. Juanto a las pensiones de Junín están las casas de compra y venta. Un Moisés, barbudo y tímido, de ojos saltones, nos ofrece la mercalería. Nosotros buscamos un trajo a medio usar. No nos ponemos de acuerdo y salimos. En la vidriera yacen amontonadas, con caterísticas de escombro, las cosas más diversas que el hombre haya podido inventar: espuelas junto a abanicos, gemelos de teatro y facones, un busto de Napoleón al lado de un fonógrafo. Mientras tanto, junto a nosotros pasa gente que habla en un idioma que no entendemos. Parece que estuviéramos en una ciudad extranjera. La calle está atestada de chiquillos rubios que gritan, lloran y juegan al football. Junín, calle hecha a propósito para que los estudiantes de medicina discutan a gritos el asunto de la limitación. Junín, calle poblada de viejitas jorobadas que venden semillas de mirasol. Junín, calle donde hombres barbudos hablan en voz alta, mientras en sus ojos chispea el resplandor de la estepa. Calle Junín, por donde pasan los estudiantes norteños, palúdicos y tristes.


Calle Florida


Calle Corrientes

LOS DESCUBRIMIENTOS DE MARCELO



L paseo de la ciudad es más largo que ancho. Acacias plantadas al tresbolillo lo bordean. Cunetas para regarlas lo ribetean. Filas de sillas de madera plegables lo pespuntean; se alquilan a diez céntimos una; a quince, si la banda municipal toca en el pintarrajeado quiosco de estilo arquitectónico indefinible, colocado en el centro del paseo, como templete desde donde un ídolo oriental presidiera la fiesta. No todas las sillas están en correcta formación: las hay plegadas y amontonadas, de repuesto. Sobre el suelo, un delgada capa de grava menuda, apisonada en íntimo consorcio con arena y tierra. ¡Grava menuda !¡Garbanzuelo! Millones de piedrecillas grisáceas, entre las que sería milagroso encontrar dos de color, forma y peso idénticos Lo dijo Nabucodonosor: "La Naturaleza nos da parecidos y semejanzas, pero no identidades absolutas."

Las casas, a uno y otro lado del paseo, lo encajonan. Diríase que el cielo es la tapa de ese gran cajón; el astro Sol, el rostro de un megaoperario dispuesto a dejarla caer y clavarla con puntas de estrellas después de haber metido apretadas nubes de algodón en rama para embalar los muñecos paseantes y facturarlos con destino a otro planeta; porte, a pagar allá. Multitud de hilos telefónicos y telegráficos y cables para luz eléctrica y tranvías atraviesan el espacio y se cruzan formando un dibujo escocés de rayas negras que tienen por fondo la concavidad celeste, trazado por los técnicos tiralíneas de Volta y de Galvani. De esbeltas y férreas columnas verdosas penden vítreos y esféricos melones de cuelga, cuyas tripas de filamento incandescente alumbran durante la noche.

La ciudad ha despertado. Las señoriales tiendas del paseo levantaron las tajaderas de sus puertas y desabrocharon sus escaparates. Seis golondrinas hembras y otras seis machos son equilibristas sin balancín sobre un hilo eléctrico. Dos gorriones chillan y boxean entre el ramaje de un árbol; se disputan un saltamontes. Por el tronco de este árbol suben y bajan hormigas caqui con cabeza de lacre rojo. Es el árbol frontero a la casa número 101 del paseo, casa de siete pisos con entresuelo; hay ascensor. En la puerta de un elegante dormitorio del quinto piso, derecha, suenan unos golpecitos, mientras una voz femenil avisa:

—Marcel; que han dado las ocho.

Marcel se despereza, se rasca, bosteza, abre los ojos. Un delgado rayo de sol entra por el balcón y proyecta un óvalo sobre antiguo y ventrudo mueble, en cuya laca produce transparencias de concha y aviva el dorado rojizo de estrambóticas figuras chinescas; de una grulla volante el óvalo movedizo pasa lenta y sucesivamente a un mandarín de larga trenza; a un guerrero despatarrado y erizado de sables, espadas, cuchillos y puñales; a un árbol de ramaje seco e inundado de flores; a los remangados y superpuestos tejados de una pagoda...

Mientras se viste y asea, Marcel se mira en un gran espejo que lo refleja por completo. El azogado cristal le muestra un joven robusto, esbelto, simpático, de cabello crespo, una pequeña cicatriz en la frente y siete lunares en el carrillo izquierdo, dispuestos, exactamente, como las siete estrellas de la Osa mayor.

Marcel pasa al comedor y se desayuna con un huevo frito, puesto hace tres días; una taza de café con leche y unas corezas a las que previamente quita el mango. Baja las escaleras. Sale a la calle dispuesto a dar su acostumbrado paseo matinal. Sube a un tranvía amarillo. El cobrador número 89 le entrega un billetito de papel color de rosa numerado 00057. Marcel observa que este número es divisible por tres. Recorridos unos dos kilómetros, Marcel baja del tranvía y sigue el camino de la orilla del canal, franjeada de hierba fresca y lozana. En la otra orilla los árboles se inclinan, extienden sus ramas y dibujan en el agua una cenefa de sombra desigual y festoneada; los extremos de algunas de sus raíces entraron en el cauce y se entrelazaron con las plantas filamentosas que suben desde el fondo hasta la superficie, donde forman islas vegetales rodeadas de una linfa transparente cuya tranquilidad se ve turbada, de trecho en trecho, por los chapuzones de ranas asustadas por los pasos de Marcel. Este se sienta en un tronco de álamo negro abandonado a la sombra y al pie de un álamo blanco. Del bolsillo interior de su americana saca un periódico doblado y redoblado. Lo redesdoble, desdobla y lee en la tercera columna de la segunda página. Un silencio. Pían los pajarillos. A flor de agua, en el canal, dos carpas inmóviles y somnolientas, una en sentido de la corriente, otra en sentido contrario, dan la sensación de piscis, signo del zodíaco perteneciente al mes de Febrero. Una avispa entra en el cáliz de una flor, en la que permanece largo rato; el flexible tallo tiembla al movible peso del insecto, que acaba por salir en rápido vuelo y rozar la copa del sombrero de Marcel. En el agua salta una tenca .Marcel ha guardado el periódico y queda largo rato absorbido en sus reflexiones, sin fijarse en las gallinas que asoman a la puerta de un corral próximo; las hay con pintas, las hay de un solo color, algunas flacas y otras obesas, se mecen sobre sus patas llenas de lodo; un gran gallo pomposo se pavonea en medio de ellas, orgulloso de su voz, de sus espolones y de su corona roja y oscilante. A lo lejos, por encima de las tapias del corral, humea la alta chimenea de una fábrica. Vuelan tres palomas en dirección ignorada. Viene un carro. Para evitarse la molestia del polvo que levanta, Marcel abandona el asiento y continúa su interrumpido paseo. Deja el camino carretero y toma el de una acequia que del canal se nutre y desemboca en el río. Río que, al pasar, saluda a la ciudad y sigue su curso habitual en busca de nuevos horizontes y variados paisajes, sin volver la cara hacia atrás. En vano pretenden secarlo y detenerlo desde la orilla dos membrudas lavanderas rojizas, chatas y pomulosas. En poco disminuyen el líquido caudal cinco sedientas caballerías que en él abrevan cuando Marcel ha llegado al pretil que domina al río. Cerca, y agua abajo de la desembocadura de una alcantarilla, están inmovilizados, estatuarios, tres pescadores de caña la esperanza los mantiene en aquel sitio. Un ojo del puente seco por el estiaje, es albergue transitorio de miserable caravana gitanesca: pingos, mugre, una estera rota, sucia y vieja; un botijo despitorrado; una sartén sobre tres pedruscos ennegrecidos; un pollino macilento, trabado de las manos, quieto, pensativo; junto a una cesta desfondada y un puchero sin asa; ladra un perro flacucho rabicorto, blanco y crispido de negro. Basura, moscas, mujeres desgreñadas procedentes de un aquelarre goyesco; chiquillos en completa desnudez fabricados de chocolate .Huele a presidio a humo y a cebolla frita.

Una de las dos lavanderas ha terminado el lavado de las ropas, que apretujadas y retorcidas, ha metido en la canasta, y se despide de su compañera. Hablan a gritos. Marcel escucha el diálogo desde el pretil:

—¿Te falta mucho?

—Pa media hora larga.

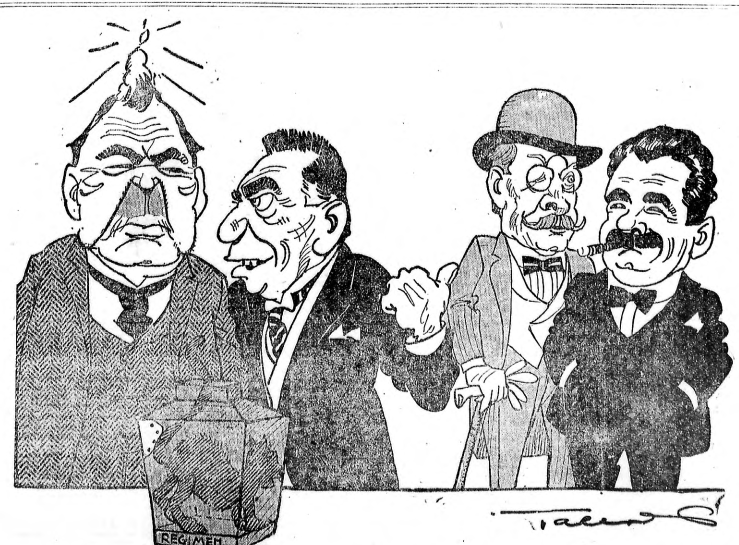
—Pues quédate con Dios.

—Adiós, Manuela.

—Adios, Juana.

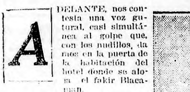
Marcel continúa su paseo. No ha perdido la mañana: vuelve a su casa habiendo averiguado que en la ciudad hay dos lavenderas que se llaman, respecivamente, Juana y Manuela.

MELITON GONZALEZ.



Nunca nadie supo interpretar el momento político nacional con más ingenio y precisión que nuestro inolvidable Taborda. Esta extraordinaria caricatura, en la que aparece don Cayetano Gan-ghi, en una situación sumamente original, apareció en CRITICA hace algunos tiempos. Desde entonces, ha llovido, y así como ha llovido, han cambiado las cosas. ¿Qué diría Taborda, en estos momentos, si viviera?...

EL HOMBRE QUE JUEGA CON LA MUERTE



ADELANTE, nos contesta una voz gutural, casi simultánea al golpe que, con los nudillos, damos en la puerta de la habitación del hotel donde se aloja el fakir Blacaman.

La puerta se abre. Esperamos ver un grave personaje, envuelto en telas imponentes, y nos encontramos, bruscamente, frente a una inverosímil melena...

Pasado el primer momento de estupor, distinguimos, encuadrado bajo esta aureola sombría, un rostro joven y austero. Pero, inmediatamente, melena y rostro son olvidados.

Dos ojos nos miran fijos, impenetrables y profundos. Toda la vida parece estar concentrada en esas pupilas de carbón.

El fakir ha sido advertido de nuestra visita; saluda inclinándose [illegible] y nos indica una silla.

Y mientras nos sentamos a la vera, nos sentimos invadidos por un sentimiento raro, extraño.

La decoración no tiene, sin embargo, nada sugestivo. Estamos en un cuarto de hotel parecido al de todos los hoteles. Es del personaje mismo que se desprende una especie de fluido creador de una atmósfera misteriosa, por lo menos. Tal es la impresión que experimentamos.

¿Será porque sabemos que nos encontramos en presencia de un fakir? ¿O porque la India secreta y misteriosa es evocada por intermedio de este hombre de los ojos de fuego?... No divaguemos. Blacaman está frente a frente. Para escapar a la obsesión de su mirada, metemos la nariz entre nuestros apuntes.

—¿Es Vd. fakir?

—Sí, el fakir Blacaman.

—¿Hindú?

—No, indio; que no es lo mismo. Los hindúes son de raza morena, los indios de raza blanca.

E inmediatamente, como si de un golpe se hubiera abierto el [illegible] de su verborragia, nos dice:

—Nací en Calcuta el 23 de febrero de 190[illegible]. A mi nacimiento se realiza, como al de todos mis correligionarios, una leyenda misteriosa. Un fakir no puede ser hijo más que de fakires. No podemos tener más que un descendiente y éste debe ser obligatoriamente del sexo masculino. Tuve la desgracia de no conocer a mi madre, que murió al darme a luz. [illegible] de nuestra llegada al mundo un sacerdote pronuncia encantamientos secretos y el alma de un viejo fakir es introducida en el cuerpo que debe nacer.

Desde mi más tierna edad fuí confiado a los cuidados de los fakires e iniciado en sus secretos.

—¿Sus secretos?

—Llamo así a los encantamientos y plegarias misteriosas que nos permiten la realización de ciertas prácticas muy naturales, pero que a menudo son inexplicables.

—Sí; ya lo sabemos. Los fakires se traspasan con largas agujas, sin sentir dolor alguno y sin que sus rostros demuestren la más leve contracción. Se acuestan sobre una tabla erizada de afiladas puntas; detienen a voluntad los latidos del corazón, y la circulación de la sangre en las venas.

—Esas son minucias — nos contesta sonriendo. Toque mi brazo. Está tibio, ¿verdad? Pues bien, con unos ligeros pases magnéticos tendrá Vd. la sensación de que toca un pedazo de hielo.

Efectivamente, su brazo, ahora, nos parece congelado y de una dureza extraordinaria.



La anestesia es perfecta. Ahora se traspasa el brazo, en todas direcciones, con largas agujas, sin que el menor movimiento de su rostro traicione un dolor o un sufrimiento cualquiera. Retira la aguja. Ninguna señal de sangre.

—¿Quiere Vd. ver cómo sangra la herida?

Y a un gesto afirmativo nuestro, una perla sanguínea se destaca de la herida.

Pero todas esas experiencias no son nada. La más terrible, la más inexplicable, el asombro de entendidos y profanos, es el experimento que diariamente realiza: "El enterrado vivo".

En un cajón, luego de taponarse narices, oídos, boca, vendarse los ojos, el fakir, en perfecto estado de catalepsia, se extiende en él. Inmediatamente se cubre su cuerpo con arena hasta la superficie del cajón. Este es cerrado herméticamente y colocado dentro de otra caja funeraria. Y allí, Blacaman permanece, en esa muerte aparente, cinco, diez, quince minutos. Termina la experiencia. Se desembaraza el cajón de toda la tierra y tapas que lo cubrían. Blacaman está extendido, lívido, los ojos cerrados. Sus miembros fríos al tacto, aunque no anquilosados. Da la sensación de un verdadero cadáver. Ningún movimiento agita su pecho, el corazón está mudo, el pulso no responde. Una terrible angustia nos oprime. ¿Estará muerto realmente?... Los párpados se levantan suavemente. La mirada nos fija. Blacaman se incorpora lentamente, y los colores reaparecen en sus mejillas. Ya está de pie y una sonrisa amable vuelve a florecer en sus labios.

—¿La explicación?...

—Es simple. Durante muchos años, ejercitamos nuestra voluntad. Practicamos el ayuno y nuestras costumbres son austeras. Algunos de nosotros se inmovilizan en actitudes penosas, durante días, semanas, años enteros. — También tenemos nuestras diversiones, que así llamamos a las voluntarias torturas que nos infligimos. Es en ellas y por ellas que obtenemos esta fuerza de carácter, de poder que los asombra, para domar nuestros nervios; dominar nuestro miserable cuerpo, todo lo cual subordinamos a nuestra voluntad. Más tarde dominamos a los otros por el fluido que emana misteriosamente de nuestra voluntad.

Recorremos el mundo, para que los fenómenos ocultos, provocados por nosotros, sean considerados como científicos y estudiados por los médicos. Todos estos hechos de fácil control en Oriente, son apenas conocidos en Occidente. Esta es la razón por la cual nos exhibimos, para dar una posibilidad de estudio y comprensión.

Y el hombre de la melena absurda, inverosímil y arbitraria, nos tiende la mano y con un saludo a la usanza de los fakires, nos retiramos.



UNA CONDESA, BAILARINA DE CABARET

[illegible] años; en su cuerpo, toda la España ardiente y sensual en la mirada toda la pureza mística de una santa Teresa. Ojos para condenar a un santo y una boca de niña, de voz cantarina y sonora como una cascada de oro.

Cerca de Granada, en un pequeño pueblecito que parece escapado del Riff, vió la luz del mundo en una cuna sobre la que se agolparon las hadas. Su familia alrededor ignoraba lapresencia de las augustas visitadoras. Indiferentes, las hadas, tocaron la frente de la recién nacida.

— Serás hermosa: murmuró una.

—Serás buena; corrigió la otra.

—Serás inteligante; predijo una tercera.

—Entonces, sufrirás, suspiró una cercana.

—Llorarás...

Y los votos se precipitaron:

—Viajarás. Serás condesa. Amarás. Serás artista.

Las palabras se perdieron en un frú-frú de alas...

Exitos... dificultades... luchas... alegrías.

La niña creció... y en su adolescencia, ya fué condesa auténtica.

Los acontecimientos prodichos, se realizaron con rapidez y ahí está, recorriendo Europa y la América del Sud, dejando tras de sí, una estela misteriosa de simpatías, amores, accidentes.

Soledad Alonso, condesa de la Matta, bailarina, [illegible] a la crónica vetustez [illegible] blasones y pergaminos, las sonrosadas luces que despide el fulgor de las candilejas.

Crisálida del Arte, mariposa del Amor.

—Carmen Navarro de Matta, la estrella que hoy baila en uno de nuestros cabarets, fué un día no lejano la favorita de Alí Mejid bajá, príncipe constantinopolitano.

Tuvo una "villa" en Scutari, paseó triunfante por las principales capitales europeas, y fué la mujer del día en Londres, Nueva York y Tokío. La Fatalidad, empero, parece haber hecho presa de su delicada figura de veinte años, y, como en las fábulas de Oriente, el odio marcó sus carnes con el sello candente del harén.

Huyendo de Alí Mejid, cuya proposición había rechazado, Carmen se refugió en París; allí conoció al conde Luis de la Matta adjunto a la Legación española, con quien contrajo enlace, y el porvenir parecía sonreirle, cuando en sus días de luna de miel, volvió a encontrarse con el bajá rechazado. Esto agotó todos los refuerzos porque Carmen volviera a su lado; mas, como ella se mostrara incomovible, el turco tejió una burda farsa, que, habiendo circulado de boca en boca en París provocó, un duelo entre el conde y Alí.

La Fatalidad quiso que el esposo de Carmen muriera; y desde aquél día la bellísima joven, recorre el mundo, solitaria y triste, y para hacer frente a las necesidades dela vida ha recurrido a su arte: la danza.

Su historia, no hace mucho, ocupaba una página de "The World" de Nueva York, donde la infortunada estrella hizo sensación.

Hoy, Carmen Navarro, está en Buenos Aires......

Exquisitamente bella, profundamente artística, su presencia entre nosotros ha sido saludada con grandes elogios por la crítica y el público; al verla ,parece que respira un ambiente de felicidad completa, pero, en sus ojos hay una sombra, una nube que oculta secreto de sus pasadas amarguras...

PROBLEMAS DEL FOOTBALL A TRAVES DE UN ARBITRO

¿Se debe jugar un partido sin el team completo?

por

JOSE ANTONELLI

Artículo escrito especialment e para este Magazine

Es sabido que en un match de football deben intervenir 22 jugadores o sea 11 por cada bando, sin embargo si se produjera el caso en que uno de los equipos que intervienen en la lucha se presentase con menos de los jugadores especificados en el reglamento, el referee no podrá oponerse a dar comienzo al partido.

Se ha dicho alguna vez que si un team se presenta al field con menos de 7 hombres deberá perder los puntos reglamentarios sosteniéndose esta tésis no sé en que artículo del reglamento de football, pues por más que he buscado no he podido dar con la tecla, y el único artículo que podría dar una clave que es el que habla del número de jugadores, nada dice al respecto lo que quiere decir que los sostenedores de la tésis de que no debe presentarse un team con menos de 7 hombres están perfectamente equivocados.

Y tan equivocados están que cuantas veces se ha presentado ese proyecto en el consejo internacional otras tantas ha sufrido las amarguras del rechazo.

Y no podría ser de otra manera por cuanto redundaría en perjuicio de todos los clubs.

Un solo ejemplo bastará para dejar bien establecido los motivos que guían a los componentes de la International Board para no haber aceptado semejante proposición y es el siguiente presentado en nuestro país: Un team de esta capital tiene que jugar en La Plata y al embarcarse por una cosa o por otra la mitad del team queda en la estación para embarcarse en el tren siguiente: los primeros, llegan a la hora justa y no pueden esperar a sus compañeros sin exponerse a que se les quiten los puntos y deciden presentar lucha al adversario los 5 o los 6 jugadores que se encuentran en el field hasta tanto lleguen sus compañeros.

¿Debe el referee oponerse a la realización de ese match?

De ninguna manera, porque sería antirreglamentario y su deber es hacer iniciar el partido.

Ahora bien, si pasado 20 minutos o todo el primer período los jugadores no han llegado y el score no ha sido abierto, ¿pueden integrar el cuadro si los jugadores llegan cuando sólo faltan 15 o 20 minutos para la terminación del partido?

A pesar de que indiscutiblemente, en este caso integrar el cuadro con 5 o 6 jugadores descansados significaría una enorme ventaja, tampoco puede negarse el referee por cuanto hay que tener en cuenta que si bien es cierto que es una ventaja que posiblemente le dé el triunfo, no hay que olvidar que antes actuaron con la desventaja de los hombres que ahora entran en juego.

Es pues un grave error sostener que el cuadro que no se presente con más de 6 hombres perderá los puntos reglamentarios.

El partido comenzará con un place kick (puntapié desde un sitio fijo) desde el centro del fiel, en dirección al goal line (raya de goal) del adversario.

El centre forward del bando que le corresponda iniciar el match deberá dar un puntapié a la pelota en dirección a la línea del goal del bando contrario debiendo estar los jugadores fuera del círculo que marca el centro del field pudiendo entrar en juego inmediatamente después que la pelota haya hecho un recorrido igual a su circunferencia o que otro jugador haya jugado a la pelota.

El puntapié inicial (kick off) debe ser dado de acuerdo a las disposiciones reglamentarias y no hacia atrás o un costado como sucede todavía en muchos partidos en que el forward apenas si hace mover la pelota hacia un costado cuando ya están todos los jugadores en movimiento.

La salida la efectúan los jugadores del bando X teniendo que darse el puntapié inicial de acuerdo a los puntitos, es decir, hacia la línea del goal contrario.

Los jugadores del bando marcado O no podrán entrar en el círculo hasta tanto la pelota no se halle en juego que en este caso quiere decir, que la pelota deberá haber hecho un recorrido igual a su circunferencia, o que otro jugador haya jugado lo mismo.



Posición de los jugadore s durante el partido





La historia del hombre que se precavía de todos los peligros

¿Llegaremos a Este Estremo?

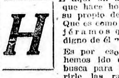


El cable nos anuncia que en París se trata de implantar la moda de los pantalones cortos para los hombres.

Con gran desesperación de los elementos de la nueva sensibilidad, el pasatismo está, pues, volviendo por sus fueros; y no nos sorprendería — dado que a la moda siempre la ha seguido un cortejo de exageraciones — que en un día no muy lejano las calles de Buenos Aires ofrecieran escenas como las del grabado...

Y, casi, casi estaríamos por declarar que nos resultarán más gratas y estétics que las de los famosos pantalones "Oxford", desesperación de las gentes de criterio...

ITALO BOTTI ES EL PINTOR :: DE NUESTROS PAISAJES ::



He aquí un artista que hace honor a su propio destino. Que es como si dijéramos que es digno de él mismo.

Es por eso que hemos ido en su busca para inquirirle las razones personales que lo llevan a pintar como pinta. "He tenido que trabajar, nos dice, y en los ratos de ocio dibujaba y pintaba. Terminados mis cursos de la Academia de Bellas Artes, me encontré al salir de su local con el diploma bajo del brazo, con una gran soledad y un futuro impreciso. Es así como fuí buscándome a mí mismo por el camino de la expresión. Formé parte, nos añade, de una especie de agrupación constituída por los pintores Guido, Vena, Galloni y el escultor Rovatti artistas que han cimentado su renombre mediante una producción valiosa y honesta. Esto no quiere decir que fuéramos unos regimentados; cada uno siguió sus propios impulsos artísticos sin considerar para nada lo que tuviera de relación con las manifestaciones de los otros. Eso sí nos unía un inquebrantable entusiasmo dado por la afinidad espiritual y moral base de toda gran amistad.

Botti, como decíamos, es grandemente conocido en nuestros ambientes artísticos y podríamos asegurar con toda fe que en un porvenir no muy lejano será considerado como uno de los pintores nuestros de obra más valiosa e importante. Así lo ha considerado la crítica en general y la aprobación oficial por otro lado. De otra manera Botti no hubiera obtenido premios como el "Sivori" de estímulo y el 2.o Municipal de 1924.

El paisaje es un estado de alma—

Contemplando la obra de Italo Botti, recuerda uno, a pintores a quienes muy pocos nombran ahora: Malharro, Navazio y Silva. Estos tres son realmente los que comentaron la evolución y progreso del paisaje local en el arte. Los anteriores tenían miedo a la originalidad como los niños temen al baño higiénico. El arte en definitiva cuando no quiere ser originalidad es plagio. Lo peor que un artista puede hacer es inspirarse sus obras de arte para crear él a su vez. Desgraciado del muchacho que a los veinte años copiando el dibujo ya un poco borroso de un cuadro antiguo mientras puertas afuera del museo la realidad está esperando palpitante como una mujer. En peor de los casos el artista debe hacerse esta pregunta: ¿qué es preferible, copiar la realidad o el arte? El arte no puede ser otra cosa que una nueva creación y en ciertas condiciones es la realidad vista a través de un espíritu. Es por esto que Amiel consideraba el paisaje como un estado de alma. Todo cuadro es una ventana abierta hacia el mundo. Por eso los paisajistas al hablar de su arte nos adelantan aquello de la quieta emoción de las cosas. Ahora bien el paisaje desde un punto de vista estético puede ser o constructivo o espiritual. En el paisaje, constructivo el pintor busca sobre todo equilibrio de forma y armonía de colores. El paisaje tiene en estos casos un sentido arquitectural. En nuestras épocas fueron los alemanes quienes buscaron tal actitud para el paisaje. Fader, sabe en este sentido hacer lo que conviene. Hay asimismo, lo que podríamos llamar la espiritualización del paisaje. Hay que buscar para estos casos un tema quieto y solitario. Los colores deben estar afinados y no armonizados, es decir, no debe haber esa especie de lucha que se observa entre los colores vibrantes sino la suave amistad de los matices sutiles. Prefiero los lugares solitarios y humildes, nos dice Botti. Es claro si es ahí que el pintor va a volcar toda su emoción sobre el desamparo de las cosas. Tiene entonces mucha importancia la imagen de las cosas en un cuadro. Un árbol florido en medio de un paisaje nos llena de una lejana alegría. El gracioso ondular de unas colinas tiene la melodía de la música terrestre. Un camino es un poema lleno de esperanza y de recuerdo. Una iglesita ruinosa en medio de un paisaje es el símbolo de lo inquebrantable frente a lo perecedero.

Es así Botti. El espíritu luminoso de su pintura danza una danza tranquila y suave frente a sus emociones y sentimientos.

La Vegetación Tropical Suplantará -- en lo Futuro al Petróleo --

El problema del futuro de los combustibles comienza a preocupar al mundo, de modo que las declaraciones que copiamos a continuación son de vital importancia.



El problema de la producción futura de petróleo comienza a preocupar ya a las naciones industriales, que se preguntan de qué modo se reemplazará a este combustible cuando las fuentes productoras que existen actualmente se hayan agotado, razón por la que las declaraciones hechas por el profesor James F. Norris, en ocasión del tercer congreso de productores de combustibles, recientemente celebrado en Pittsburgh, han causado gran sensación en los Estados Unidos.



Ha manifestado en efecto, el profesor, que el origen del petróleo es vegetal, como lo prueba la presencia en el combustible de hidrocarbonos, resultantes de la transformación de los gases vegetales en el producto tal como actualmente se lo explota; y que, con el correr de los años y gracias a los estudios que se realizarán al respecto, es de esperarse que el hombre encuentre la forma de convertir las grandes masas de vegetación tropical en petróleo, quizá mediante la acción de ciertas bacterias o por otro proceso químico similar.

Otra declaración del profesor Norris es la de que la goma y el vidrio del futuro serán productos de la explotación de los vegetales y que se obtendrán mediante un proceso químico al que serán sometidos ciertos gases y la resina de los árboles.

Esto, sin contar que un día no muy lejano llegarán a perfeccionarse hasta tal grado los motores a vapor, que se podrán utilizar en los automóviles, pues las usinas Diesel, según el profesor Norris, están actualmente empeñadas en una serie de investigaciones tendientes a lograr este fin.

La humanidad del futuro no tiene, pues, que preocuparse por el agotamiento de las fuentes productoras de combustibles, sino que quizás dispondrá de tales elementos en más abundancia y a menos costo que nosotros.

Las Grandes Figuras del Habla Castellana: CERVANTES

Miguel de Cervates Saavedra, el más grande de los novelistas españoles, nació en Alcalá de Henares, en octubre de 1547.

En 1569, se dió a conocer por primera vez como poeta, y en el



mismo año pasó a Roma al servicio del legado pontificio Julio Acquaviva.

Se hizo soldado y tomó parte en la famosa batalla naval de Lepanto, librada en 7 de octubre de 1547 contra los turcos, en la que la armada cristiana a las órdenes de don Juan de Austria consiguió un glorioso triunfo sobre las armas mahometanas. En



esta memorable acción recibió Cervantes tres heridas de arcabuz: dos en el pecho y una en la mano izquierda, que perdió para siempre. Por esto a Cervantes se le conoce con el glorioso nombre de Manco de Lepanto.

En 1575 cayó cautivo de unos corsarios que le llevaron a Argel donde permaneció hasta que, después de varias arriesgadas tentativas de evasión, todas fracasadas con riesgo de su vida, en 19 de septiembre de 1580 fué redimido por los Padres Trinitarios.

De vuelta a la patria desempeñó algún cargo público, pero perseguido por envidiosos y detractores fué procesado y sufrió una larga prisión de la que al fin salió cuando su inocencia fué reconocida. Durante el resto de sus años, Cervantes recorrió la mayor parte de España y fué a morir cristianamente en Madrid el día 23 de abril de 1616.

La vida de Cervantes fué una continuada serie de vicisitudes en las cuales la adversidad predomina sobre los sucesos venturosos. La fortuna fué constante-



mente esquiva para con el gran novelista.

Cervantes cultivó poesía y el teatro, pero con sus famosas aventuras de "Don Quijote de la Mancha", conquistó gloria inmortal.

El "Quijote" es uno de los libros más portentosos de la literatura universal. Ha sido traducido a todos los idiomas del mundo civilizado y sus dos figuras principales vivirán mientras el mundo aliente.



Don Quijote es la personificación del hombre idealista que da en lastimosas locuras y llega al trance de tomar las cosas muy diferentes de lo que son en realidad; su afán caballeresco le hace ver como aventuras extraordinarias los pasos vulgares de la vida cotidiana, y aunque de cada aventura sale quebrantado y molido, no acierta a comprender que su desgracia está precisa-



mente en su locura. Toma los molinos de viento por gigantes, los rebaños de mansas ovejas por ejércitos formidables, y las zafias labradoras que hieden a ajos, por princesas encantadas.

Por esto, cuando alguien pretende arreglar los conflictos y vencer dificultades con actos de valor que tal vez no vienen a cuento, pero que demuestran gran alteza de miras, se dice de él que es un "quijote"; y a la manía de emprender grandes aventuras sin contar con medios suficientes para intentarlas con éxito probable, se llama "quijotismo".

El escudero Sancho Panza, es todo lo contrario de su amo y se señala por su sentido práctico y su socarronería.



Don Quijote es alto, enjuto de carnes, usa largos bigotes, tiene la nariz aguileña y no se le concibe sin la lanza y el escudo y montado en su caballo "Rocinante", tan flaco como su amo.

Sancho Panza es bajo de estatura, rechoncho, mofletudo, avispado, de pocas letras, pero de muy larga intención; y es imposible imaginarle sin la bota de vino y sin que lleve en sus raídas alforjas unas cebollas, queso y mendrugos de pan, ya esté durmiendo, ya vaya lanzando regüeldos a horcajadas sobre su rucio de enormes orejas.

Don Quijote es generoso, sobrio, limpio en las palabras y alto en los pensamientos; Sancho es egoísta, glotón, turbio en el hablar y no poco taimado en las intenciones.

La enfermedad de Don Quijote es exceso de fantasía y de



idealismo; el mal de Sancho Panza está en que sólo cree en lo que ve y toca y en una sobra de cazurrería.

Además de estos dos tipos inmortales, Cervantes, en sus "Novelas Ejemplares", ha dejado otras figuras cuya vida y fama serán también eternas, como la de la "Gitanilla" y las de "Rinconete", Cortadillo" y "Monipodio", que son retratos magistrales de tipos de la España del siglo XVI, que tienen también algo



de Quijotes y de Sanchos Panzas.



El Dr. de la Colina, Nuevo Presidente de la Suprema Corte de la Provincia

En el último acuerdo celebrado por los miembros de Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires fué electo presidente del cuerpo, por el período correspondiente al año que se inicia, 1927, el doctor Nilamón de la Colina, antigua funcionario judicial, cuya labor como tal, ha merecido siempre el prestigioso aplauso de la prensa a su paso por encumbrados puestos de esa índole, que reseñáremos en mérito a la última designación que comentamos, y que viene a culminar una brillante carrera pública doblemente plausible si se tiene en cuenta que dicho funcionario ha surgido por medios propios venciendo no pocos obstáculos y salvando dificultades de todo orden.

El doctor de la Colina obtuvo su diploma de abogado en el año 1910 consagrándose a esa profesión por espacio de ocho años; durante ese largo espacio, su figura forense cobró relieves personalísimos, destacando en muchas oportunidades y siempre por razones de ese orden. Durante la presidencia de Irigoyen, el aludido caballero fué designado para desempeñar un importante cargo "ad honorem", como vocal del Consejo Escolar 14 en compañía de los doctores Leopoldo Melo, Jacinto Fernández, Amadeo Grandi y Pedro Fox. Más tarde el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, doctor Crotto, lo designó para ocupar el cargo de Juez en lo Civil y Comercial en los tribunales de Bahía Blanca. Ese mismo gobierno propúsolo para ocupar un cargo de camarista, lo que no pudo hacerse efectivo inmediatamente a causa de las incidencias políticas que terminaron con la asunción al mando por parte del ingeniero Monteverde, gobernante que realizó el merecido ascenso. Trás tres años de eficiente labor en la Cámara de Apelaciones, el doctor Nilamón de la Colina fué nombrado por el gobernador Cantilo, miembro de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia, cargo, éste último, que ha dejado para asumir la presidencia del más alto cuerpo judicial de la provincia.

La Conquista del Aire, Ayer

Bacon fué el primero en anticipar la navegación aérea. Juan Miller realizó ante Federico vuelos de autenticidad discutible. Blanchard, hizo el primer viaje aéreo de Dover a Calais. Los aparatos más pesados que el aire

VOLAR, anegarse en el espacio sin límites, parece haber sido la constante y hasta nuestros días imposible e irrealizable ilusión del hombre. Es tan antigua como su existencia, según lo atestiguan las fábulas de todos los países. La más bella y clásica encarnación de este anhelo sublime, la tenemos en el mito de Icaro y Dédalo. Encerrados en Creta, no les quedaba otro camino para huir de la cólera de Minos que la región franca del aire; y por allí huyeron, adaptando a sus cuerpos uans alas compuestas con plumas de aves, sujetas y soldadas con hilo y cera. Icaro, temerario, fascinado por la atracción de lo sublime, se acercó demasiado al Sol; y derretida la cera de sus alas cayó al mar helénico que tomó su nombre. En esta leyenda se encarna la historia de todas las grandes conquistas. Desde la primera tentativa empieza el catálogo de los mártires gloriosos.

La historia de la aviación tiene una antigüedad respetable. Fué por el año 400, a. de J. C., cuando un filósofo, Arquitas de Tarento, probaba la primera máquina aérea que llamó "Paloma mecánica". Por lo que de ella nos cuentan los escritores de la Edad Media, es difícil averiguar si era más o menos pesada que el aire.

La infancia de la aviación se prolongó durante largos siglos. Sus primeros pasos fueron titubeantes, indecisos, guiados más por intuición adivinadora que por verdadera ciencia. Los ensayos de un benedictino inglés y de un turco sarraceno, quienes en el siglo XI se lanzaron con alas o paracaídas desde elevadas torres, con fatal resultado; las predilecciones del inglés Rogerio Bacon, sobre la futura existencia de naves aéreas; los vuelos de autenticidad discutible del alemán Juan M..ler ante el emperador Federico IV; los éxitos del italiano Dante de Perusa, que atravesó varias veces volando el lago Trasimeno, mereciendo en justicia los honores de "primer aviador"; las maravillosas intuiciones del gran pintor y hombre de cultura universal Leonardo de Vinci; la reconstrucción por el inglés Hoocke de aparatos dotados de alas semejantes a las del murciélago; los vuelos de un modesto mecánico francés, con un aparato de ingenua simplicidad, y otros muchos ensayos de entusiastas, son los primeros tanteos, infructuosos quizá, pero que demostraban que el hombre no había renunciado a su tradicional ideal y que merecía, por su afán, el premio del éxito.

Sin embargo, hasta fines del siglo XVIII la conquista del aire no daba sus primeros pasos en el terreno de la Ciencia, por dos diferentes caminos: el de los cuerpos "más ligeros" y el de los "más pesados" que el aire.

I. APARATOS MAS LIG7ROS QUE EL AIRE

La primera idea de aplicar el principio de Arquímedes a la navegación aérea, construyendo cuerpos más ligeros que el aire, que se elevaran en la atmósfera, es debida al jesuíta italiano P. Lana, en 1670. El desconocimiento de los gases más ligeros que el aire, hacían sus teorías poco reductibles a la práctica. Pero Cavendish encontró el hidrógeno (14 veces menos pesado que el aire); el inglés Black, profesor de Edimburgo, anunció en su cátedra que una vejiga llena de este gas se elevaría espontáneamente en el aire; y el italiano Cavallo experimentó la ligereza ascensional del hidrógeno encerrado en burbujas de jabón. Un poco de constancia y la gloria de inventar los globos hubiera sido suya. Pero pertenece de hecho a los hermanos franceses Montgolfier, que en 5 de junio de 1783 elevaron el primer globo hencido de aire caliente. Los primeros pilotos o aeronautas fueron Pilatre de Roziers y el marqués de Arlande, que emprendieron su famosa ascensión inicial el día 21 de octubre de 1783.

Otro francés, Charles, imprimió a los globos, apenas inventados, un progreso enorme. Ideó henchirlos de hidrógeno, envolverlos en una red que repartiese convenientemente el peso de la barquilla, y proveerlos de lastre y de válvulas de escape del gas, para regularizar su fuerza ascencional.

Por fin otro francés, Blanchard, logró hacer el primer viaje aéreo de Dover a Calais, y tomó a pecho el gran problema de la dirección de los globos.

Cuantos recursos se pudieron imaginar para esto, todos se probaron por entonces: caballos que movieron sus paletas propulsoras; cohetes que le imprimieran fuerza en determinada dirección; escapes de aire caliente; águilas amaestradas; paletas en forma de patas de cisne, remos, velas, corrientes de aire provocadas por grandes fuelles, planos inclinados. Todo con resultados casi nulos.

Por fin, un tendero de París llamado ePtin, tuvo la feliz idea de dotar al globo de hélices propulsoras. Para mover estas hélices, que adoptaron varias formas, se imaginaron primero aparatos de relojería, máquinas de vapor alimentadas por petróleo y por el mimo gas del globo, motores eléctricos accionados por baterías de ácido crómico y clorocrómico, y, por fin el método definitivo de los motores de bencina, que costó la vida a sus inventores, los alemanes Wolfer y Knabe.

Entretanto, se habían ido iniciando y desarrollando las reformas que han llevado a la aeronáutica a su actual estado.

La idea de los globos alargados se debe a los franceses hermanos Robert, hacia 1784. Mousmer ideó dotar al globo de un balón compensador de aire, para mantenerlo en tensión conveniente. Cheredame ideó los globos rígidos, precursores de los zeppelines, y Deydier, por fin, concibió partimientos independientes. El siglo XX, recogiendo estas fecundas ideas, había de hacer ed la la división del dirigible en comaeronáutica una realidad prodigiosa.

II. — APARATOS MAS PESADOS QUE EL AIRE

Viniendo a los aparatos voladores más pesados que el aire, las tentativas, a partir del siglo XVIII son innumerables. Los aspirannes a aviadores forman legión, y los tipos de sus aparatos resultan variadísimos; pero se pueden reducir a tres fundamentales: los de alas batientes, los helicópteros y los aeroplanos.

Los primeros querían imitar el vuelo de las aves, por medio de superficies puestas en movimiento.

Blanchard, en su nave aérea dopor el esfuerzo del piloto, pudo da de velas que se movían por el esfuerzo del piloto, pudo elevarse con la ayuda de un pequeño contrapeso que resbalaba a lo largo de un mástil. Un siglo más tarde, Letur y Lebris probaban con fatales resultados sus paracaídas y pájaros volantes, y Quatermain, por fin, propuso la aplicación de motores de explosión para obtener el movimiento de las alas. Esto lo consiguió Trouvé, sujetando las alas a las extremidades de un tubo manométrico, que se deformaban por las explosiciones de una mezcla de oxígeno e hidrógeno. Pero, desde fines del siglo XIX, el sistema de las alas batientes ha sido por completo abandonado.

El helicóptero es un aparato fundado en la fuerza ascensional de una hélice colocada horizoontalmente. Previsto ya por el inglés Pancton, fué construído el primer helicóptero por los franceses Lannoy y Bienvenu, quienes lo dotaron de dos hélices movidas por la fuerza de una cuerda que, al desenroscarse, obraba como resorte.

Siguieron numerosas tentativas de mover las hélices por el esfuerzo humano, y consecutivamente se le fueron aplicando cuantos motores se conocían; máquinas de vapor hechas de aluminio, motores de explosión de pólvora, y turbinas movidas por las explosiones del aire mezclado con vapor de éter.

Los resultados tampoco fueron satisfactorios.

Sobre estos dos tipo de aparatos veladores, había de triunfar el eroplano, que se sostiene por la reacción del aire sobre una superficie en movimiento.

La palabra "aeroplano" la inventó el francés José Pline, en 1885, para un aparato que en nada se parece a los que hoy llevan este nombre.

La idea de aplicar un motor moderno a mover la hélice de los aeroplanos, se debe al inglés Henson, que en 1843 construyó un colosal monoplano con un motor de vapor de 20 caballos; reducido luego y perfeccionado por el autor y por su compatriota Stringfellow, fué el primer aeroplano que se elevó por los aires mediante un motor moderno.

Entre los trabajos innumerables y los variadísimos tipos de aparatos voladores que llenan la segunda mitad del siglo XIX, son dignos de mención los de los hermanos Du Temple, que, después de veinte ñaso de estudios y experiencias, idearon un gran monoplano, formado por dos extensas alas, larga cola y timón y en el que probaron infinidad de modelos de motores.

Una idea ingeniosa, fecunda y de éxito enorme en el futuro, fué lanzada al público por el inglés Wenham: la de multiplicar las superficies sustenatdoras, dando origen a los multiplanos.

Las innovaciones de los demás se reducen a variar y perfeccionar los tipos de los motores, construyéndolos de aire caliente, de aire comprimido y de vapor; a variar el número de planos sustentadores y perfecccionar su equilibrio a modificar el tipo y disposición de als hélices y a variar el número y forma de sus brazos, y a experimentar diversos sistemas para el lanzamiento del aeroplano, ya haciéndolo resbalar por planos inclinados, ya arrastrándolo remolcado por locomotoras.

Y aunque, en conclusión, el arte de volar nada positivamente práctico había conseguido al terminar el siglo XIX, la vivísima actividad y simpático optimismo que reinaban y los numerosos estudios científicos sobre el vuelo de las aves y la posibilidad del vuelo humano, que en todas partes se cultivaban, hacían concebir risueñas y no fallidas esperanzas para la vición de nuestro siglo.

EL QUE LA HACE, LA PAGA (Historieta Muda)



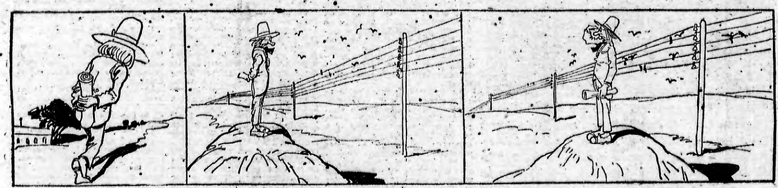
LAS GOLONDRINAS TELEGRAFICAS, por ROJAS



Aniceto Calderón, era un músico notable

Los hijitos de Aniceto, con su música infantil no lo dejaban desarrollar sus temas líricos

Por esa razón el bueno de Aniceto, resolvió alejarse un poco de aquella orquesta familiar



Y cargado de lápiz y papel pautado se dirigió a las afueras del lugar donde vivía

Un montículo de tierra dominaba una gran superficie de campo, cuya soledad invitaba al recogimiento y a la meditación

—Este es el sitio, — exclamó Aniceto. Y miró para el espacio azul y transparente como el más puro cristal de roca



Al levantar sus ojos, unas golondrinas que se habían posado sobre unos alambres del telégrafo, le dieron la sensación de notas musicales colocadas sobre un pentágrama de acero

Aniceto tradujo instintivamente aquellas notas aladas observando con asombro que eran el motivo de un gran poema musical

Y compuso con aquel motivo una de las páginas más hermosas de la música moderna



Aclamado por el mundo lírico, Aniceto Calderón fué proclamado el músico más inspirado de la época por su magnífica composición "Las golondrinas telegráficas"